

Francisco García Fitz

LAS NAVAS DE TOLOSA

LA BATALLA DEL CASTIGO



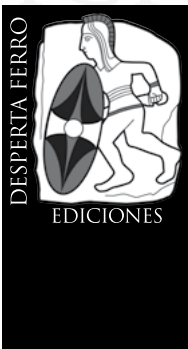
LAS NAVAS DE TOLOSA



LAS NAVAS DE TOLOSA

LA BATALLA DEL CASTIGO

Francisco García Fitz



Las Navas de Tolosa. La batalla del castigo
García Fitz, Francisco
Las Navas de Tolosa / García Fitz, Francisco
Madrid: Desperta Ferro Ediciones, 2024. – 664 p., 8 de lám.: il. ; 23,5 cm – (Historia Medieval) – 1.ª ed.
D.L.: M-3288-2024
ISBN: 978-84-128068-0-9
94(460).04/05 341.37 341.24
94.4 “1618/1630” 355.013

LAS NAVAS DE TOLOSA

La batalla del castigo

Francisco García Fitz

© de esta edición:

Las Navas de Tolosa. La batalla del castigo

Desperta Ferro Ediciones SLNE

Paseo del Prado, 12 - 1.º derecha

28014 Madrid

www.despertaferro-ediciones.com

ISBN: 978-84-128068-0-9

D.L.: M-3288-2024

Diseño y maquetación: Raúl Clavijo Hernández

Cartografía: Desperta Ferro Ediciones

Coordinación editorial: Isabel López-Ayllón Martínez

Coordinación de ilustraciones: David Soria Molina

Primera edición: marzo 2024

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Todos los derechos reservados © 2024 Desperta Ferro Ediciones. Queda expresamente prohibida la reproducción, adaptación o modificación total y/o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento ya sea físico o digital, sin autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo sanciones establecidas en las leyes.

Impreso por: Anzos

Impreso y encuadernado en España – *Printed and bound in Spain*

*A mi hija Pilar,
por todos los cuentos que hemos leído,
por todas las olas que hemos saltado.*

DESPERTA FERRO



EDICIONES

Índice

Prefacio	IX
Introducción	XIII
Capítulo 1 Orto y ocaso de un mito historiográfico	1
Capítulo 2 La batalla en su contexto estratégico	49
Capítulo 3 La confluencia política hacia las Navas	97
Capítulo 4 La ordenación de los recursos militares (I). Castilla	159
Capítulo 5 La ordenación de los recursos militares (II). El Ejército almohade y su concreción en las Navas	273
Capítulo 6 Los recursos ideológicos: Reconquista, cruzada y <i>yihad</i>	407
Capítulo 7 Desarrollos tácticos	503
A modo de conclusión: las Navas, ¿una batalla decisiva?	577
Bibliografía	589
Índice analítico	623

EDICIONES

Prefacio

Sostienen quienes lo conocieron y escribieron sobre él, que desde la derrota de Alarcos Alfonso VIII no dejó de pensar en una venganza que le resarciese de aquella humillación: a duras penas soportaba la deshonra, que permanecía en lo profundo de su mente, y muchas veces rogaba a Dios que le permitiera vengarse. A tenor de los testimonios, dos personas muy cercanas al rey, el arzobispo de Toledo y el canciller de Castilla, el monarca sentía agudamente la necesidad imperiosa de castigar al califa almohade por el padecimiento que habían recibido, él y su reino, aquella infausta jornada. Cuando por fin alcanzó su objetivo en el campo de batalla de las Navas, y por mucho que el califa clamara que los almohades no habían sido dañados, todos los cronistas musulmanes acabaron reconociendo que aquel castigo había sido tan duro como irreversible para los «unitarios», para al-Ándalus e, incluso, para todo el islam occidental. No deja de ser llamativo que alguno de estos últimos designe a aquel enfrentamiento del 16 de julio de 1212 como «la batalla de al-Iqab», una de cuyas posibles traducciones sería, precisamente, «la batalla del castigo».

Hace ahora dos décadas la editorial Ariel nos dio la oportunidad de abordar en profundidad no solo el estudio de aquel choque campal, sino también el análisis y presentación de los contextos historiográfico,

estratégico, político, organizativo, ideológico y táctico en los que tuvo lugar. La obra se publicó finalmente en 2005 y conoció otras dos ediciones, una en 2008 y otra en 2012.

El punto de partida de aquella monografía se sostenía sobre el convencimiento, avalado por el conocimiento de las fuentes y de la bibliografía entonces disponible, de que aquel suceso rompió los moldes de la cotidianidad para pasar a formar parte del «selecto club» de los acontecimientos extraordinarios. No obstante, también creíamos que, por muy excepcional que fuera, solo resultaba comprensible dentro del marco general en el que tuvo lugar. Partiendo de esta convicción, el objetivo que nos propusimos no fue otro que analizar esta importante batalla, por supuesto, pero también explicar las relaciones políticas entre diversos reinos en el momento en que ocurrió, aclarar los objetivos de los contendientes, estudiar los recursos que pusieron en liza y los movimientos tácticos que realizaron durante aquella jornada. Pero aspiraba a algo más. Aspiraba a poner *en perspectiva* lo que allí sucedió, a ampliar el foco para procurar una más amplia comprensión de aquel choque, a poner de manifiesto los diversos contextos en los que la batalla de las Navas de Tolosa se inserta y se explica.

Y es que lo sucedido aquel día de julio de 1212 fue verdaderamente extraordinario, pero los mecanismos políticos que se pusieron en marcha, los recursos institucionales, económicos, militares e ideológicos que se involucraron, e incluso la forma en que finalmente se enfrentaron los adversarios en el campo de batalla, no están fuera de tiempo y de lugar, sino que son los propios de una época determinada y de unas sociedades concretas. Precisamente por eso el estudio de una batalla no puede estar al margen de la historia, de las instituciones, de la economía, de la sociedad, de la ideología, de los desarrollos políticos de los que forma parte.

A tenor de su difusión y de la buena acogida que aquella propuesta tuvo en los medios académicos, reflejada en más de media docena de reseñas en revistas especializadas y en otros muchos medios de comunicación, parecía razonable y oportuno volver sobre ella y ponerla de nuevo a disposición de los interesados. Solo que una nueva edición no podía limitarse a editar el texto ya conocido, sino que necesariamente debía dar cuenta de los avances que la investigación histórica había producido sobre la batalla y sobre sus contextos durante los últimos veinte años.

La editorial Desperta Ferro, a quien me gustaría personalizar en la figura de Alberto Pérez Rubio, ha recogido con generosidad y profesionalidad el reto de volver a editar la obra, pero enriqueciéndola con una

amplia introducción dedicada a presentar la producción historiográfica más reciente, con la amplificación de las notas a pie de página, con una selecta colección de imágenes y con unos excelentes mapas históricos, tan característicos de esta editorial.

La obra publicada en 2005 fue posible gracias al apoyo de muchos amigos y colegas que me prestaron su ayuda y su consejo. Al cabo dos décadas, no he olvidado a ninguno de ellos: de una manera particular he de dar las gracias otra vez a nuestros maestros y amigos de la Universidad de Sevilla, Manuel González Jiménez, Mercedes Borrero Fernández, Isabel Montes Romero-Camacho y Manuel García Fernández, de cuya disponibilidad abusé en más de una ocasión. A Jon Andoni Fernández de Larrea, siempre dispuesto a localizar navarros. A Alejandro García Sanjuán, profesor de la Universidad de Huelva, que nunca se cansó de atender mis dudas y de suplir, con una prodigalidad que no podré compensar, mis muchas carencias con las fuentes árabes. A Francisco Javier Tovar, latinista de la Universidad de Extremadura, por sus siempre atinadas indicaciones y sugerencias sobre los textos latinos. A M.^a Jesús Merinero, profesora de Historia Contemporánea de esta misma universidad, a quien perdimos durante el amargo trago de la pandemia, cuyo conocimiento del medio islámico me permitió, en más de una ocasión, no caer en tópicos demasiado establecidos.

Mi agradecimiento también a todos aquellos que en su momento me facilitaron sus trabajos o que me permitieron que utilizara sus textos todavía inéditos, como Maribel Fierro, Emilio Mitre, Victoria Aguilar, Antonio Sánchez de Mora, Damian Smith, Mayte Penelas o David Porrinas. Pero necesariamente he de tener una consideración especial para con Martín Alvira Cabrer, sin duda la persona que más sabe sobre la batalla de las Navas de Tolosa. Hace veinte años estuvo a mi disposición leyendo todos los capítulos, haciéndome sugerencias, facilitándome información, mejorando este libro, y todo ello con una generosidad a la que difícilmente seré capaz de corresponder. Mi deuda con él es enorme. Veinte años después, a la hora de actualizar aquel texto, no ha dejado de ayudarme en este nuevo empeño. El tiempo pasa, pero la admiración académica y el aprecio personal se mantienen y acrecientan.

Por último, quiero expresar mi agradecimiento y reconocimiento a Esther Kirschberg, cuyo trabajo y dedicación me resultaron tan indispensables como impagables. Bajo su techo y el de Javier Muñoz pude ver la luz al final de este túnel. A su hospitalidad y afecto se lo debo. Por

último, mi agradecimiento singularmente sentido hacia Deborah, que leyó con paciencia desde la primera a la última página, que corrigió sin piedad el texto, que me obligó a pensar con sentido común y a trabajar con disciplina, que sugirió con atino y que, sobre todo, me soportó con un estoicismo envidiable. A mi hija Pilar, que entonces saltaba olas de mi mano y escuchaba mis cuentos y ahora vuela libre y se empeña en cuidar y mejorar la vida de las personas.

Y a Esther, que llegó para regalarme risas y cambiarme la vida.

DESPERTA FERRER



EDICIONES

Orto y ocaso de un mito historiográfico



LA BATALLA MEDIEVAL EN LA HISTORIOGRAFÍA MODERNA: DEL PREDOMINIO AL ECLIPSE

Durante muchas décadas, la imagen tópica de la guerra medieval en la historiografía europea ha estado marcada por dos consideraciones básicas: en primer lugar, por la idea de que la Edad Media significa, desde el punto de vista de la estrategia y la táctica militar, una etapa de notable retroceso respecto a los logros y conocimientos del mundo clásico; en segundo lugar, y ello es lo que nos interesa destacar en este apartado, por el absoluto predominio de la batalla campal como objetivo prioritario, a veces incluso único, de la producción histórica centrada en cuestiones bélicas.

En efecto, los especialistas de finales del siglo XIX y buena parte del XX, ya fueran militares de profesión interesados en la historia mi-

litar en general, ya medievalistas atraídos por la omnipresencia de la guerra en la sociedad, prestaron atención casi en exclusiva al análisis de las confrontaciones en campo abierto de dos fuerzas armadas, en las que los caballeros desarrollaban un papel decisivo. El resultado fue la creación de un escenario característico que, de una parte, giraba en torno a los encuentros campales y, de otra, convertía a la caballería feudal en el arma determinante. Basta con realizar una mínima aproximación a los títulos que durante mucho tiempo se han considerado como verdaderos hitos –nos referimos a obras tan conocidas y difundidas como las de Charles Oman, Hans Delbrück, John Frederick Charles Fuller, Ferdinand Lot, Jans Frans Verbruggen, John Beeler o Ambrosio Huici Miranda¹ para comprobar lo dicho.

Como consecuencia de la atención casi exclusiva prestada a los choques frontales en campo abierto, la imagen general de la guerra medieval quedaba inevitablemente deformada, puesto que cualquier otro tipo de operación o forma de solventar un conflicto armado pasaba a un segundo o tercer plano en el interés de los estudiosos. En el peor de los casos, aquellas otras maneras de guerrear podían, simplemente, desaparecer de los libros sobre la guerra medieval.

Lo curioso o lo paradójico de esta actitud historiográfica radica en que los especialistas sabían, y así lo reconocían y advertían de forma expresa, que los conflictos bélicos de la Edad Media rara vez se resolvían mediante batallas generales y decisivas. En este sentido, las consideraciones de Oman se pueden considerar verdaderamente paradigmáticas. Una de sus tesis fundamentales al trazar los rasgos de la guerra medieval –sin duda una de las más certeras e indiscutidas–, sostiene que durante la etapa plenomedieval –por lo menos desde la generalización del uso de la piedra en la construcción de fortalezas a lo largo del siglo XI hasta la introducción de las bocas de fuego en el siglo XIV– hubo una absoluta superioridad de las técnicas defensivas –en particular de las relacionadas con la edificación de fortificaciones– sobre las ofensivas. Este fenómeno vino a determinar dos características esenciales del comportamiento bélico de los hombres de la Edad Media: su preferencia por la defensa desde puntos fuertes y la consiguiente excepcionalidad de enfrentamientos campales. En su opinión, durante esta etapa las prácticas constructivas aplicadas a la fortificación estuvieron más avanzadas que las técnicas de expugnación, de manera que el adversario más débil estaba siempre tentado de refugiarse detrás de las murallas antes de tomar la iniciativa y presentar batalla, renunciando a la ofensiva. En consecuencia, ante la imposibilidad de hacerse con el control de un territorio sembrado

de puntos fuertes que no podían tomarse con rapidez, las campañas militares solían convertirse en una sucesión de saqueos de las tierras circundantes o, en el mejor de los supuestos, en el bloqueo de una fortificación, donde la batalla era un hecho extraordinario o poco frecuente, al menos en comparación con otras épocas.²

La constatación de que la guerra medieval pocas veces era un asunto de batallas y de que, al contrario, solía ser una cuestión de saqueos, robos de ganados, incendios de cosechas, destrucción de bienes y de pequeñas aldeas, asaltos de villas y asedios o bloqueos de fortalezas y ciudades amuralladas acabó por convertirse en un lugar común en la historiografía. Siguiendo directamente las apreciaciones de Oman, o simplemente coincidiendo con ellas, muchos autores posteriores estuvieron de acuerdo a la hora de afirmar la superioridad de lo defensivo sobre lo ofensivo, la generalización de las políticas constructivas, la búsqueda de refugio tras las murallas por los más débiles o las dificultades de los comandantes a la hora de ejercer un control efectivo sobre sus contingentes como causas explicativas de un panorama general de la guerra definido mucho más por las operaciones de destrucción del entorno o por la conquista de fortificaciones que por los enfrentamientos en campo abierto. Estos, se concluye en muchos casos, no solo no se buscaban, sino que en la medida de lo posible se eludían.³

Y, sin embargo, a pesar de esta caracterización explícita de la guerra y de los comportamientos bélicos habituales, lo que esta historiografía analiza sobre todo es, precisamente, lo infrecuente, lo raro, la batalla campal. La desproporción entre la atención prestada a estas operaciones y la dedicada a cualesquier otras es descomunal y el desequilibrio se agranda todavía más por el hecho de que aquellas, hay que insistir, eran muy escasas. En esto, una vez más, la obra de Oman marcó un modelo que se ha seguido en no pocas ocasiones: a pesar de lo reconocido por el autor, la mayor parte de su obra –al menos para los siglos centrales de la Edad Media– está consagrada a estudiar el desarrollo táctico de los encuentros frontales, ya sea en el Occidente europeo o en Tierra Santa, de manera que las páginas empleadas en el estudio del armamento, la fortificación y la guerra de asedio apenas compensan el desequilibrio que hemos señalado y ello a pesar de que es en estos últimos terrenos en los que el autor reconocía algún progreso importante en el *arte de la guerra* durante este periodo.⁴

Esta misma actitud se reconoce a la perfección entre los autores ya citados. Así, a pesar de lo que Fuller afirma acerca de la frecuencia de asedios en la Edad Media, no se encuentra en su obra referencia concreta

alguna al desarrollo de algún cerco o de cualquier otro tipo de actividad militar, al margen, claro está, de las «infrecuentes» batallas campales, desde Hastings a Crécy.⁵ Sin entrar en demasiados detalles, y a título meramente indicativo, podrían recordarse algunas actitudes concretas para ilustrar los resultados a los que llevaba la aceptación del «modelo historiográfico» de Oman: por ejemplo, según Nickerson la cruzada antialbigense fue casi por entero, según sus propias palabras, una guerra de posiciones basada en el dominio de castillos y ciudades fortificadas, de manera que en veinte años de lucha apenas pueden indicarse dos encuentros generales en campo abierto: Castelnaudary y Muret. Pues bien, a pesar de esta constatación el autor ofrece a continuación un detallado informe sobre esta última batalla, incluyendo varios mapas que iluminan las distintas fases de la confrontación y los movimientos de los ejércitos, pero no se encontrará nada que explique la naturaleza de la «guerra de posiciones» que ambas partes mantuvieron durante dos décadas.⁶ Aunque cambiando de contexto, John Beeler volvía a repetir idéntica contradicción: al referirse a las realidades bélicas de Castilla y León entre los siglos XI y XIII, no dudaba en afirmar que aquella fue una guerra caracterizada por las constantes incursiones, por las rápidas operaciones de saqueo y por la importancia de la guerra de asedios, pero en conjunto reservó para estas formas de enfrentamiento menos de tres párrafos, en evidente contraste con las detalladas descripciones de las batallas de Zalaca y las Navas, a las que dedica diez páginas.⁷

Incluso Verbruggen, autor de una obra renovadora desde muchos puntos de vista, bastantes de cuyas consideraciones sobre el comportamiento de los ejércitos medievales son perfectamente asumibles y ofrecen una imagen de la guerra medieval que se compadece plenamente con los rasgos que, a nuestro juicio, caracterizaban el escenario bélico de la época, cae en la indicada desproporción: no deja de ser sorprendente que sus juiciosas afirmaciones sobre la superioridad de las estrategias defensivas, la preferencia de los militares por las operaciones indirectas y la renuncia a la confrontación campal, sean expuestas en las últimas páginas de su libro casi de pasada, después de haber dedicado otras doscientas cincuenta al estudio de las tácticas empleadas en las batallas campales por la caballería y la infantería. Una vez más, el mito de la batalla en campo abierto dejaba una huella reconocible y deformante sobre el perfil de la guerra medieval.⁸

Y es que, para muchos autores, entre ellos Nickerson y Delbrück, por citar solo algunos, el concepto de táctica, entendido una vez más como el empleo de determinadas armas –caballería pesada, caballería

desmontada, infantería ligera, arqueros a pie o montados...— o su combinación en un mismo escenario, únicamente se concebía en el marco de un enfrentamiento campal.⁹ Dado que reducían el estudio de la guerra al de las tácticas y el análisis de estas lo encontraban posible solo al acercarse a los movimientos de los contingentes en el marco de una batalla, en más de una ocasión se veían en la obligación de renunciar a la investigación de las formas de hacer la guerra en un determinado momento no porque no hubiera operaciones armadas, sino porque no había encuentros frontales. Era muy simple: los conflictos bélicos que no se resolviesen mediante batallas, por largos, cruentos o trascendentes que fueran, sencillamente no se estudiaban. A efectos prácticos esto quería decir que, si no había batallas, los autores se comportaban como si no hubiera guerra.

Así las cosas, en todas las épocas encontramos campañas decisivas de verdad desde el punto de visto político o territorial, campañas que suponen cambios radicales y de muy largo alcance en la configuración de los reinos o en el desarrollo de un conflicto, que sin embargo no son estudiadas desde la perspectiva de la historia militar porque durante su transcurso no se produjeron choques campales significativos. Delbrück, por ejemplo, al acercarse al estudio de las campañas ofensivas emprendidas por el emperador Carlomagno, constataba que los enfrentamientos y batallas fueron tan raros que le resultaba imposible establecer cuáles fueron los esquemas habituales en las formaciones de batalla y las formas reales de lucha: en la guerra contra los sajones, que duró treinta y siete años, no se desarrollaron más que dos batallas abiertas, y ni Desiderio, rey de los lombardos, ni Tasilón, duque de Baviera, estuvieron dispuestos a afrontar una batalla, por lo que el autor reconocía abiertamente que un estudio de las tácticas en este periodo no le resultaba posible y renunció en consecuencia a cualquier acercamiento al análisis de las formas de hacer la guerra.¹⁰ Para otros siglos y otro ámbito, Lot repetía la misma receta historiográfica: el medievalista francés sabía de la importancia de la cabalgada estacional en los usos militares hispánicos, prestó atención a la algarada e igualmente era consciente de que la expansión territorial de los reinos cristianos —la Reconquista del siglo XIII— se resolvió mediante una serie exitosa de asedios sobre las grandes ciudades musulmanas.¹¹ Sin embargo, su análisis se limita a describir, sobre todo a raíz de las incursiones almorávides, el desarrollo de las principales batallas campales. Hasta tal punto estas se convierten en el eje sobre el que gira el estudio de las prácticas militares que, al referirse al reinado de Fernando III y a la conquista de Andalucía, el autor



Figura 1: Detalle de la escena LII del tapiz de Bayeux (s. XI), que muestra la embestida de la caballería normanda del futuro Guillermo I contra el muro de escudos de los huscarles del rey anglosajón Haroldo II Godwinson, durante la famosa batalla de Hastings (1066), cuyo desenlace supuso el final de la Inglaterra sajona. Musée de la Tapisserie de Bayeux, Normandie (Francia).

señala de forma expresa que, dado que esta fue una guerra de cercos y no de batallas, no se detendría en ella y, en consecuencia, le dedicó poco más de dos páginas que contrastan llamativamente con las casi treinta en las que expone el desarrollo de las principales batallas campales sostenidas por los castellanos y leoneses contra almorávides y almohades (Zalaca, Uclés, Alarcos y, sobre todo, las Navas de Tolosa).¹² Para la Baja Edad Media, encontramos situaciones similares: no deja de ser significativo, por ejemplo, que toda una fase de la Guerra de los Cien Años, la que transcurre entre 1368 y 1415, en la que los franceses recuperan buena parte del territorio perdido en décadas anteriores, se tenga como una época en la que hubo «luchas poco exitosas» que no respondían a plan alguno, simplemente porque la estrategia de los franceses fue la de evitar la batalla directa.¹³

Por otra parte, no deja de sorprender este interés central por el estudio de las tácticas desplegadas en campo abierto por las huestes medievales cuando al mismo tiempo muchos de estos historiadores militares estaban convencidos de que en la actuación de los hombres de la

Edad Media sobre el campo de batalla había muy poco que pudiera ser considerado comportamiento táctico o planteamiento estratégico. De nuevo, tenemos que remontarnos a la obra de Oman para encontrar una de las raíces de este pensamiento, por otra parte cargado de apriorismos: el autor británico sostenía que, tras la caída del Imperio romano y la disolución de las legiones, y en especial durante la época de mayor esplendor de la caballería feudal –la Plena Edad Media–, la táctica y la estrategia casi desaparecieron de las prácticas militares de Occidente. A su juicio, esto fue consecuencia de la propia naturaleza de los ejércitos: aquellas huestes eran de carácter temporal, carecían de instrucción colectiva, lo que les impedía realizar maniobras conjuntadas, y no tenían una clara cadena de mando, lo que les abocaba a la insubordinación y a la indisciplina. A todo ello debe sumarse el hecho de que la jerarquía militar se basaba en el prestigio social más que en la experiencia profesional. Así las cosas, su conclusión sobre los modos de hacer la guerra no podía ser más que peyorativa: «Cuando el simple coraje toma el lugar de la destreza y la experiencia, la táctica y la estrategia desaparecen igualmente. La arrogancia y la estupidez se combinan para dar cierto color característico a la manera de proceder de una hueste feudal normal». El siglo y el lugar podían variar, pero los comportamientos bélicos se repetían una y otra vez: cuando el enemigo estaba a la vista, no había nada que pudiese refrenar al caballero occidental, siempre dispuesto a precipitarse, a romper la formación, a desconcertar un plan siguiendo la llamada de la sangre o de la gloria. Los conceptos de táctica y de estrategia simplemente no servían para aprehender o caracterizar estas formas tumultuosas de actuación.¹⁴

Los mismos prejuicios se observan en la obra de Fuller, quien entendía que «en Occidente, al desaparecer la organización militar, la bravura en su forma más primitiva fue el ideal del soldado»¹⁵ y en la de Basil Henry Liddell Hart, que compartía con el resto de los historiadores militares de su época las opiniones ya comentadas en torno a la inexistencia de un comportamiento táctico o estratégico durante el Medievo, de ahí su consideración de que, «en el Occidente europeo, el espíritu bélico de la caballería feudal se mostró durante toda la Edad Media rebelde a toda teoría del arte de la guerra, aunque la obscuridad de su estúpido desarrollo se ilumine a veces con algunos fulgores brillantes».¹⁶ Ni orden, ni plan ni control sobre las fuerzas: las batallas, desde el punto de vista táctico, apenas eran algo más que una sucesión de numerosas y pequeñas acciones de combate difícilmente ordenadas y articuladas por unos comandantes que no tenían capacidad ni de lide-

rar ni de gobernar a las fuerzas que, solo en teoría, estaban bajo su mando: «la decisión en las batallas medievales no llegaba, como en el caso de las legiones romanas, por el estricto mantenimiento de las formaciones, las maniobras inteligentes y la fuerza de unidades disciplinadas y tácticamente entrenadas, sino por la habilidad personal y el coraje de los individuos». La táctica y la estrategia, se concluye en consecuencia, no tenían una «sustancia real». ¹⁷ En verdad, llama la atención que con estas convicciones pudieran seguir adelante con sus investigaciones centradas en aquellas «inexistentes» o «estúpidas» tácticas de batalla.

Además de la indicada identificación entre táctica y batalla, parece que no pocos autores consideran los grandes encuentros campales sucesos extraordinarios que condensan toda la realidad militar de un momento o que marcan las fluctuaciones del devenir político. Desde este punto de vista, bastaría con acercarse a una selección de batallas o a solo una lo suficientemente significativa como para desplegar, a través de su estudio, todo el panorama de la guerra o para entender el curso de todo el transcurrir histórico de una época. Así, al menos, se ha entendido la batalla campal en la historiografía española tradicional. Por ejemplo, Manuel González Simancas, un autor que no solo se preocupaba por los encuentros directos, sino también por aspectos referidos a las marchas, las incursiones, los cercos y las fortificaciones realizadas tanto por cristianos como por musulmanes, no dudaba en sostener que para realizar una investigación sobre la guerra en la Edad Media, «era preciso, además, concretarla en un punto tal, que él solo fuera lo suficientemente expresivo para ahorrarse un largo camino a través de toda aquella prolongada lucha de la reconquista [...] Y no hay entre Covadonga y Granada hecho más completo en ese sentido que el de la batalla de las Navas de Tolosa». ¹⁸

Siguiendo un planteamiento similar, Huici Miranda dejaba claro desde la primera página de su obra *Las grandes batallas de la Reconquista...* cuál era la idea que tenía sobre la guerra medieval y sobre la trascendencia de los grandes enfrentamientos campales, puesto que partía de la consideración de que «las grandes batallas que jalonan las etapas decisivas de la contienda —entre cristianos y norteafricanos— son como los hitos de triangulación que permiten diseñar el perfil con que se desarrollan los acontecimientos y señalar el relieve y la altura de las fuerzas que se disputan el dominio de la mitad sur de al-Ándalus». Siendo consecuente con este principio, y aunque el autor incluya sendos estudios sobre los cercos de Aledo y de Tarifa, el libro se centra en especial en las principales confrontaciones en campo abierto habidas entre cristianos

y musulmanes norteafricanos entre los siglos XI y XIV (Zalaca, Uclés, Alarcos, las Navas de Tolosa y Salado). Aunque el propio autor reconoce la existencia de otros sucesos, que él mismo considera como «quizás más significativos», no duda en sacrificar su análisis en aras de la gran atención que los cronistas medievales prestaron a aquellos espectaculares choques.¹⁹

La supremacía de la batalla como operación militar y como objeto de estudio no es una consideración exclusiva de la historiografía del siglo XIX y de la primera mitad del XX, puesto que de hecho sigue encontrándose en títulos recientes. Por ejemplo, eso mismo parece desprenderse de algunas de las obras de John Keegan, sin duda uno de los estudiosos más influyentes en el actual panorama de la historia militar. Al reflexionar sobre las diversas corrientes que se presentan en la historiografía sobre la guerra, el autor británico no duda en sostener que, a pesar del interés que puedan tener otros aspectos de la historia militar, lo cierto es que los ejércitos están para combatir, de modo que la historia militar «debe en último término tratar de la batalla». A su juicio,

[...] la historia de la batalla, o la historia de las campañas, merece una primacía [...] sobre las otras ramas de la historiografía militar. Es, de hecho, la forma histórica más antigua, su materia es de extraordinaria importancia, y su tratamiento requiere el cuidado más escrupuloso. Porque no es a través de lo que los ejércitos son, sino de lo que hacen como cambian las vidas de las naciones y de los individuos. En cualquier caso el motor del cambio es el mismo: causar sufrimiento humano por medio de la violencia. Y el derecho a causar sufrimiento debe ser pagado siempre por medio de, o con el riesgo de, el combate —en último extremo— del cuerpo a cuerpo.

La selección de batallas realizadas por Keegan en su análisis no hace sino reforzar esta impresión.²⁰

Así pues, todavía hoy esta realidad historiográfica ejerce una influencia decisiva en la percepción que se tiene tanto de la guerra medieval como del papel central de la batalla y de la caballería pesada, y condiciona de manera notable cualquier aproximación que se realice al estudio de las realidades militares de aquel periodo, y en especial cualquier acercamiento al análisis de una batalla. Por ello resulta conveniente explicar las razones de la atención privilegiada prestada

tradicionalmente a esta forma de conflicto armado. Sin duda, ello permitirá comprender el peso de lo que en algún momento se ha descrito como la «dictadura mental de la batalla» y el grado de distorsión que este último hecho ha introducido en el conocimiento de la guerra medieval y en la propia valoración del choque directo y masivo como práctica militar.

Las razones que explican el protagonismo de la batalla campal en la historiografía del siglo XIX y de buena parte del XX, y en consecuencia la formación de una poderosa imagen de la guerra medieval que en ciertos sectores se mantiene hasta nuestros días, son de diverso tipo y consideración. Tal vez la más general se podría buscar en cierta predisposición cultural de Occidente que tiende a considerar a la confrontación abierta la forma más elevada y acabada de hacer la guerra. Victor Davis Hanson ha recalcado que, frente a otras culturas que han apostado por la falta de dirección clara en los conflictos, por la lucha a distancia a través del lanzamiento de misiles, por la elusión de los combates cuerpo a cuerpo, por las tácticas evasivas y, en definitiva, por la aproximación indirecta al adversario, la occidental ha entendido, al menos desde la época de las falanges griegas, que la forma de hacer la guerra por antonomasia, la que debe practicar cualquier ejército que aspire a una victoria concluyente y reconocida, es la «batalla decisiva», el enfrentamiento directo cara a cara con el enemigo, la prueba definitiva que otorga la superioridad incuestionable frente al adversario y permite alcanzar, de forma casi instantánea, lo que parece ser el objetivo estratégico más recurrente de la tradición militar occidental: la rendición incondicional, la derrota total y la destrucción física del enemigo. «¿Acaso no existe entre nosotros [los occidentales] cierta repugnancia hacia las tácticas de “golpear y huir”, hacia las escaramuzas y emboscadas?, ¿no se esconde ahí el sentimiento, aunque sea ilógico y escasamente pensado, de que el asalto directo entre hombres que, en palabras de Brasidas, “se mantienen firmes”, es de alguna forma una oportunidad más “justa” y ciertamente más “noble” de mostrar el verdadero carácter de un hombre y probarlo ante sus pares?», se pregunta Hanson, solo para responder de forma afirmativa con otra pregunta: «¿Y si no, cómo podemos explicar la carnicería causada por aquellos que adoptaron esta absurda forma de batalla en el Somme, o Verdún, u Omaha Beach? Para los griegos que hace mucho formularon estas ideas acerca de la batalla, cualquier otra cosa excepto una lucha “justa” –esto es, un choque a la luz del día entre dos falanges– no era en absoluto una lucha, por muy decisiva que fuera».²¹ Frente a la batalla, frente al combate directo y aniquilador, la

cultura Occidental tiende a considerar que todas las demás operaciones, en especial las englobadas en el tipo de «escaramuza esporádica y a pequeña escala», no serían sino «la calderilla de la milicia», cuando no directamente una suerte de comportamiento cobarde, bandidesco, salvaje y carroñero.²²

En segundo lugar, como ha manifestado Stephen Morillo, el énfasis que los historiadores y divulgadores pusieron en su estudio responde a una concepción historiográfica basada en la creencia de que el curso de la historia era la consecuencia de las decisiones de los «grandes hombres». Desde este punto de vista, las «políticas militares» se presentan como actuaciones llevadas a cabo por los dirigentes sociales, quienes en forma de drama se enfrentan a sus adversarios en el privilegiado escenario de la batalla campal: son ellos, los «grandes hombres», los «caudillos», los que deciden y buscan el enfrentamiento, los que dan las órdenes, los que organizan las filas, los que ocupan el lugar central y determinante, los que vencen o mueren, todo ello dentro de una consideración un tanto teatral del acontecer histórico y bélico. Como la historia en general, en esta visión de corte positivista la guerra no es sino la concreción de la voluntad de unos protagonistas estelares que cristaliza definitivamente en el campo de batalla, que queda convertido así en el marco ideal de presentación de las actuaciones de aquellos personajes.²³ La fascinación que los hombres han sentido siempre por los grandes héroes, y el interés de historiadores y militares por todo lo relacionado con el mando y el caudillaje de los ejércitos no ha hecho sino profundizar en esta línea. En realidad, esta «filosofía de la historia» no difiere en esencia de la que impregna a los cronistas medievales, de manera que los historiadores decimonónicos o de la primera mitad del siglo XX veían reforzado su punto de vista por sus propias fuentes de información.

Además de una determinada visión de la historia, la centralidad de los choques campales en la historiografía refleja una forma particular de entender los principios generales de la guerra. No podemos olvidar que muchos de los autores que entonces se acercaron a la historia de los conflictos armados tenían una formación militar y que su visión de los fenómenos bélicos estaba condicionada no solo por sus experiencias particulares, sino también por las concepciones teóricas que regían la estrategia y la táctica en aquellos momentos. En este sentido, se debe tener en cuenta necesariamente la influencia determinante de las ideas de Carl von Clausewitz.

Entre otras aportaciones, Clausewitz definió dos principios doctrinales que serían concluyentes en la estructuración del pensamiento mi-

litar y del marco conceptual necesario para el análisis de los fenómenos bélicos: las nociones de táctica y de estrategia. En su opinión, la táctica es una rama del «arte militar» que comprende a todas las actividades destinadas a preparar y conducir los encuentros militares individualmente. La estrategia, por su parte, hace referencia a la combinación de unos encuentros con otros para alcanzar el objetivo final de la guerra, lo cual requiere una amplia planificación que prevea los actos que conduzcan a su propósito, los movimientos y objetivos de cada campaña particular, y los elementos morales, físicos geográficos y económicos disponibles.²⁴

Aunque el militar prusiano no restringe el uso de los conceptos de táctica y de estrategia al marco de una batalla campal, todo permite pensar que aquellos se refieren principalmente a este tipo de choques o, al menos, a los enfrentamientos directos entre dos fuerzas. De hecho, dado que, en su opinión, el objetivo de los encuentros siempre debe ser la destrucción de las fuerzas enemigas, los efectos provocados por actuaciones indirectas que no conllevan aquel propósito –por ejemplo las operaciones de saqueo o de desgaste– solo son consideradas una herramienta para adquirir la superioridad económica o psicológica, un paso intermedio, pero nunca la estrategia misma.²⁵ Puesto que, con orden a la aniquilación de la fuerza armada contraria, nada puede ser comparado en punto a la importancia con la «batalla general», es en «la investigación de los medios que conducen a ella, en la forma de desempeñar las fuerzas, en la determinación del lugar y del momento en que ella debe producirse, en el aprovechamiento, por último, de sus resultados, donde se pone de manifiesto la ciencia de la conducción estratégica».²⁶ Por tanto, en la doctrina clausewitziana, todas las acciones «intermedias» que no condujeran de forma directa a la derrota del enemigo quedaban, al menos en plano teórico, minusvaloradas: «el combate es a la guerra como el pago en metálico es al comercio, porque aunque se produzca raramente, todo está dirigido a ello, y finalmente tiene que tener lugar a pesar de todo y ser decisivo».²⁷

El eco de las ideas del militar prusiano explica algunas de las apreciaciones despectivas más generalizadas que han existido en torno a la estrategia y la táctica medieval,²⁸ y en particular la casi exclusiva atención prestada a las batallas campales en detrimento de otras formas de hacer la guerra, condicionando de manera notable la mirada de los historiadores militares hacia las realidades bélicas de aquella época. La pregunta retórica que se hacía a sí mismo Delbrück, tras comprobar la estrategia defensiva habitual entre los combatientes –el refugio tras las



Figura 2: Saladino abate de un mandoble al rey Guido I de Jerusalén en la batalla de Hattin (1187). Aunque históricamente no terminó con la muerte de Guido de Lusignan, la derrota de Hattin supuso un punto de inflexión para la presencia cruzada en Oriente. Miniatura de Mateo de París en su *Chronica Majora*, siglo XIII. British Library, Londres.

murallas— y la escasa significación de muchos encuentros, revela de una manera muy clara tanto el pensamiento de los historiadores militares en torno al papel e importancia de la batalla en los conflictos como su perplejidad ante los usos militares del periodo: «¿Se desconocía en la Edad Media la teoría de que, en una guerra, la batalla es la verdadera acción decisiva, y que la primera ley de la estrategia es, por ello, reunir todas las fuerzas propias en el campo de batalla?».²⁹ Como ya hemos podido comprobar en páginas anteriores, el resultado de este tipo de apreciaciones fue una sustancial distorsión de la imagen de los medios y las acciones militares de unas sociedades que, atendiendo a sus realidades políticas, institucionales, tecnológicas, económicas y financieras, diferían de un modo notable de los aplicados por los estados europeos de los siglos XVIII, XIX y primera mitad del siglo XX.

Por otra parte, como John France se ha encargado de subrayar muy atinadamente, la perspectiva del hombre contemporáneo sobre la guerra se encuentra altamente mediatizada por sus propias experiencias bélicas, en las que la batalla se presenta como el centro de los conflictos armados: los comandantes de las últimas grandes guerras se esforzaron por conseguir la rendición sin condiciones de sus adversarios mediante la destrucción violenta, definitiva y repentina de las fuerzas enemigas, lo cual solo resultaba posible sobre el escenario de una gran confrontación abierta. Inevitablemente, la imagen de la batalla se ha acabado imponiendo a toda la sociedad como referente único de la guerra. Escaparse de estas nociones e imágenes a la hora de analizar los conflictos

armados en otras épocas puede resultar particularmente difícil, puesto que, en este, como en otros terrenos de la historia, existe una evidente tendencia a trasladar hacia sociedades diferentes, hacia otras formas de entender y desarrollar los conflictos armados, los conceptos que nos resultan familiares.³⁰

En este sentido, hay que reconocer que la presión que la imagen del choque frontal de dos fuerzas en campo abierto ejerce sobre los estudiosos de la guerra sigue siendo notable: en una reciente monografía en la que básicamente se pretende contrastar el «discurso» y la realidad de la guerra a lo largo de toda la historia y en contextos muy diversos, John A. Lynn admite, por lo que a la etapa medieval se refiere, que el comportamiento bélico real de los hombres de aquel periodo ha de examinarse esencialmente a través de las prácticas depredatorias puestas en marcha en el marco de las cabalgadas. Sin embargo, interesado sobre todo en analizar la forma de los combates —«el cómo de la guerra»— y «las influencias culturales que llevaron a hombres y mujeres a luchar en la manera en que lo hicieron», no duda en comenzar cada capítulo con el informe de una batalla particularmente significativa —Crécy en el dedicado a la Edad Media— a partir de la cual desarrollar su enfoque sobre la guerra.³¹

Esta propensión se ve reforzada, además, porque una parte importante de estos historiadores eran militares que tenían un interés práctico en el estudio de las guerras del pasado y buscaban en ellas enseñanzas útiles para la práctica de la milicia en su propio tiempo, una actitud que, por otra parte, parece caracterizar a toda la tradición militar de Occidente.³² Como es natural, las operaciones que les podían ofrecer algún elemento comparativo e instructivo interesante eran los enfrentamientos en campo abierto. Como ha subrayado Philippe Contamine, aquellos estudiosos que se movían «en las perspectivas de una enseñanza pragmática, utilitaria y destinada a futuros oficiales o a escuelas militares», solían llegar a la conclusión de que poco había «en limpio que sacar ni que aprender del estudio de las campañas, de las batallas o de los asedios medievales», de manera que «ocurrió con la guerra el mismo fenómeno que con la historia del pensamiento filosófico, donde predominaba la idea de que entre la Antigüedad y el Renacimiento se habría intercalado un vacío de un milenio».³³

Sería erróneo, no obstante, pensar que no encontraron en las batallas medievales comportamientos o acciones que les fueran de utilidad. Por supuesto, rara vez los comandantes y guerreros de la Edad Media les ofrecían unos modelos que imitar: tal vez aquí o allí podía espigar-

se una dirección inteligente, una acertada combinación de caballería e infantería, un cuerpo de reserva hábilmente colocado y utilizado, pero esto era excepcional. Lo normal, por el contrario, es que no hallasen en aquellas operaciones sino errores y «vicios». En realidad, la guerra medieval, tal como estos historiadores la contemplaban, venía a ser una especie de espejo que mostraba al militar un espléndido «contramodelo» que resumía el conjunto de actuaciones que un ejército debía de evitar a toda costa: la indisciplina, la insubordinación y el desorden, la falta de coordinación y conjunción de las fuerzas, la carencia de entrenamiento e instrucción, la inexistencia de un liderazgo adecuado, experimentado y respetado.

Si a estas consideraciones sumamos que en muchas de estas obras se observa una evidente desvinculación entre la historia militar y otras especialidades de la investigación histórica,³⁴ no debe extrañar que, como hemos visto, la imagen final de la guerra medieval quedara en estas obras notablemente deformada.

En cualquier caso, fuera cual fuera la razón que impulsaba a los estudiosos a centrarse casi con exclusividad en el estudio de las batallas, lo cierto es que también estaban condicionados, en no poca medida, por sus propias fuentes. Como tendremos ocasión de analizar con más detalle en el siguiente apartado, las batallas campales tuvieron siempre un enorme impacto sobre los testigos, sobre los contemporáneos, sobre los cronistas que las narraron, sobre los poetas que ensalzaron las virtudes de sus héroes. Cualquier aproximación poco crítica a los testimonios aportados por las fuentes literarias medievales —historias, crónicas, anales, cantares de gesta, romances...— que de una u otra forma informan sobre las actividades militares de aquella época acabaría dando un relieve extraordinario a la batalla campal, sencillamente porque así lo reflejaba la materia prima.

A pesar de la persistencia de este tópico historiográfico de la batalla campal, hay que reconocer y subrayar que la profunda renovación que han experimentado los estudios sobre la guerra en la Edad Media durante la segunda mitad del siglo XX, y en especial en sus dos últimas décadas, ha permitido superar los viejos prejuicios en torno a la inteligencia de los guerreros medievales y a la inexistencia de estrategia en la Edad Media, y al mismo tiempo reubicar el papel y la importancia de los encuentros en campo abierto en el marco general de las actuaciones bélicas de los ejércitos medievales.

En este sentido, podríamos remontarnos como precedente a los trabajos de Liddell Hart y a su particular visión de la guerra me-

dieval: la aplicación de su concepto de «estrategia de aproximación indirecta», según la cual los medios militares deberían distribuirse y emplearse de tal forma que permitieran desequilibrar al adversario, obtener la superioridad y alcanzar el objetivo propuesto sin necesidad de librar ningún combate de envergadura, le llevaba a relativizar la importancia de la batalla campal, que dejaba de ser el objetivo último de la estrategia. En consecuencia, ponía en valor otro tipo de operaciones militares que, de manera indirecta, contribuyesen a dislocar al enemigo y buscaba en la historia militar ejemplos que corroborasen su punto de vista. Por ello, de manera original, dejaba de lado el estudio de las tácticas de las grandes batallas y se centraba preferentemente en el análisis de los movimientos estratégicos y de las campañas de largo alcance: no le interesaba Hastings, pero sí la campaña de conquista emprendida por el duque Guillermo; no describía lo ocurrido en Bouvines, pero sí las operaciones realizadas por el rey Juan en 1216, ejemplo de «pura estrategia sin batallas»; frente a los desarrollos tácticos de Crécy, Poitiers o Agincourt, optaba por analizar la estrategia de Duguesclin contra los ingleses en la Guerra de los Cien Años, basada en la elusión a toda costa de la batalla, en la explotación de la movilidad y la sorpresa, en la interceptación de convoyes y en la captura de guarniciones aisladas.³⁵

En esta línea de revisión de los postulados clásicos, la obra de R. C. Smail sobre las cruzadas del siglo XII resulta pionera, pues en ella la estrategia, y no solo ni principalmente la táctica empleada en las batallas campales, adquirió plena carta de naturaleza.³⁶ Por lo demás, basta con acercarse a una de las últimas síntesis sobre la guerra medieval en Oriente y en Occidente, la publicada por David Nicolle, para constatar el uso recurrente y sin complejos de la idea de «gran estrategia» para referirse a los usos militares de la época.³⁷

Por otra parte, como ya hacían los autores clásicos, la bibliografía más reciente ha puesto repetidamente de manifiesto lo extraño que un encuentro campal podía resultar para un combatiente medieval, pero al contrario que aquellos, los nuevos historiadores se han mostrado mucho más consecuentes y han tendido a centrarse en los modelos de conflicto armado más frecuentes en la época, tales como las operaciones de cerco o las cabalgadas, aunque sin olvidar por ello esos otros sucesos extraordinarios en la vida del guerrero, como eran los enfrentamientos campales. El resultado ha sido la formación de una nueva imagen de la guerra medieval y la «reinstalación» de la batalla en un contexto más amplio y comprensivo de comportamientos bélicos.

A este respecto, la ya citada obra de R. C. Smail resulta ser, una vez más, absolutamente renovadora. El autor británico fue el primer estudioso en señalar la inadecuación del método de trabajo empleado por la mayoría de los historiadores militares.³⁸ Al demostrar que la historia militar de la Edad Media no podía ser expuesta en términos de batallas campales, abrió a la historiografía nuevas perspectivas de interpretación, y son numerosos los trabajos en los que, siguiendo directa o indirectamente sus directrices, se coloca en sus justos términos el papel de la batalla campal en relación con el conjunto de operaciones militares que podía desarrollar una hueste medieval, y se analizan con mucha más profusión esas otras vertientes que son las que sin duda caracterizan el desarrollo de la actividad bélica del periodo.

En esta línea, Claude Gaier, al abordar el «arte» y la organización militar en el Principado de Lieja, y definir el concepto de «estrategia obsidional», que él consideraba una característica básica del modo de hacer la guerra en la Edad Media, señalaba que la batalla campal era evitada en la medida de lo posible porque requería una concentración de tropas importante y difícil de conseguir, y entrañaba pérdidas humanas más elevadas que los asedios o las operaciones de destrucción y saqueo. Según su conocida tesis, la superioridad defensiva de las fortificaciones frente a las actividades ofensivas de los agresores inspiró a los hombres de la Edad Media a desarrollar una reacción automática que los llevaba a responder a un ataque encerrándose en los puntos fortificados de una región para resistir desde ellos y, en consecuencia, a evitar los enfrentamientos campales. De esta forma, la guerra, por lo general, se convertía en una actividad de desgaste que se concretaba mediante una sucesión de pequeñas operaciones de hostigamiento —esta y no otra era «la forma más habitual de hacer la guerra en la Edad Media»— y, en la medida en que los medios lo permitían, de cercos. En conclusión, la estrategia en aquel periodo en absoluto consistía en la búsqueda de la destrucción masiva de las fuerzas enemigas en una colisión en campo abierto —«la batalla no resume a la guerra medieval»— sino que se llevaba a término por otros medios. Al fin y al cabo, la guerra era una cuestión «sobre todo de pillaje, de frecuentes cercos y, a veces, de batallas».³⁹ Todo aquello relacionado con el *reflejo obsidional* y la guerra de desgaste pasaba, pues, a la primera línea de la investigación en historia militar y postergaba, en consecuencia, la prioridad historiográfica de la batalla.

Una y otra vez los historiadores que, recientemente, se han acercado a las realidades militares de los siglos centrales de la Edad Media en el ámbito europeo occidental, ya sea en las islas británicas, en el

continente o en el Este Latino, han subrayado la rareza de los enfrentamientos campales: Phillipe Contamine, al describir de forma genérica «la forma externa de la gran mayoría de los conflictos medievales», la presentaba como un «avance muy lento de los atacantes, defensa desesperada de los atacados, operaciones limitadas en el tiempo y en el espacio, “guerra de desgaste”, “estrategia de accesorios”, en la que cada combatiente o grupo de combatientes, frecuentemente de forma incoherente y discontinua, buscaba en primer lugar un beneficio material inmediato» y constataba el escaso «número de batallas campales»;⁴⁰ Richard Barber, al estudiar el papel militar de la caballería, insiste en que, significativamente, a un caballero normal a lo largo de su vida se le veía más veces en un cerco que en una batalla⁴¹ y Jim Bradbury se atreve incluso a cuantificar el significado de las batallas en relación con los asedios, al afirmar que «la guerra consistía, quizás, en uno por ciento de batallas y en un noventa y nueve por ciento de cercos». ⁴² Tampoco John France tiene dudas de que la guerra medieval, al menos aquella que se practicaba en Occidente en tiempos de la primera cruzada, aspiraba prioritariamente a la eliminación de las bases materiales del enemigo —mediante la destrucción de las cosechas, el robo o muerte del ganado, la asolación de las instalaciones agrícolas o los ataques a los campesinos, todo ello considerado como la forma normal de la guerra— y a la conquista —o la defensa— de puntos fuertes para alcanzar el objetivo final de los conflictos: el control del territorio y de los hombres. En este panorama, la guerra en campo abierto no solo no se buscaba, sino que en muchas ocasiones se evitaba de forma consciente por lo arriesgado e innecesario de la misma. En consecuencia, las batallas a gran escala fueron realmente escasas.⁴³

Específicamente para la Inglaterra anglonormanda y angevina, Jim Bradbury, en un trabajo concebido en parte para explicar precisamente la escasez de batallas en una época de frecuentes guerras, realiza un recuento de los principales enfrentamientos campales en Inglaterra y Normandía entre 1066 y 1154, hallando solo siete batallas en un siglo que contempló la invasión y conquista de un país, luchas civiles, guerras en el continente entre los reyes franceses e ingleses y conflictos armados en las fronteras escocesas.⁴⁴ En la misma dirección, John Gillingham, en dos extraordinarios artículos sobre dos figuras señeras y no menos conspicuas de la historia medieval inglesa y europea, Guillermo el Conquistador y Ricardo Corazón de León, resalta que la «ciencia de la guerra» se articulaba en torno a un conjunto de operaciones en el que la batalla era un hecho raro y casi nunca buscado conscientemente por



Figura 3: Capitel románico geminado del monasterio de Santa María la Real de Aguilar de Campoo (Palencia), datado en la segunda mitad del siglo XII, que representa a dos guerreros armados con espadas abatiendo a dos grifos. Fundado a mediados del siglo X, el monasterio recibió un impulso decisivo gracias al amparo personal del rey Alfonso VIII (*reg.* 1158-1214), vencedor de las Navas de Tolosa. Museo Arqueológico Nacional de Madrid. © Miguel Hermoso Cuesta.

sus protagonistas, y que incluso en la vida militar de personajes caracterizados por una biografía belicosa muy intensa, los conflictos armados en campo abierto son muy escasos: en el caso de Guillermo, en los veinte años de carrera militar que llevaba a sus espaldas antes de la batalla de Hastings, no parece que hubiera dirigido ni siquiera una vez a un ejército en una batalla, y tal vez solo pueda indicarse su participación en una; Ricardo I, por su parte, en veinticinco años de guerras en las islas, en el continente y en Tierra Santa, apenas se vio envuelto en dos o tres.⁴⁵ Igual de escasas se nos presentan las batallas campales en el marco de las guerras fronterizas habidas entre ingleses y escoceses a lo largo del siglo XII, en las que, a tenor de lo constatado por Matthew Strickland, el interés de los contendientes se centraba en el dominio de los puntos fuertes, de tal modo que las operaciones de cerco y las incursiones de saqueo, propias de una guerra de desgaste, eran las acciones más habituales.⁴⁶ Para este mismo ámbito, Michael Prestwich ha sostenido una consideración similar, pero ampliada ya a toda la experiencia de los ejércitos ingleses entre los siglos XI y XV.⁴⁷

En la Francia plenomedieval, el panorama no parece resultar muy diferente. La rareza de la batalla campal en la experiencia militar y la excepcionalidad de las actitudes mentales e ideológicas que la envuelven la convierten en un fenómeno tan particular que George Duby no ha dudado en reconocer en ella una naturaleza diferente al resto de las actividades bélicas: «la batalla no es la guerra», concluye, sino todo lo contrario, «un procedimiento de paz». Dada la búsqueda de la resolución absoluta de los conflictos que estaba implícita en estas operaciones, dados los enormes riesgos que suponían, no es de extrañar que fueran acontecimientos extraordinarios: tres batallas en Flandes en siglo y medio (Cassel en 1071, Axpoel en 1128, Bouvines en 1214); antes de Bouvines, los Capetos solo habían luchado en Brémule en 1119: «en consecuencia, solo nos quedan algunas fechas en la apretada trama de la incesante guerra feudal».⁴⁸

Para otro escenario, el Este Latino en el siglo XIII, Christopher Marshall ha demostrado que en la estrategia de los Reinos Latinos durante su último siglo de existencia el enfrentamiento campal tampoco tuvo una posición central, y que intentaron hacer frente a las amenazas musulmanas mediante la protección de los puntos fuertes y la realización de incursiones devastadoras en territorio enemigo. Solo cuando llegaba un ejército de refuerzo desde Occidente se buscaba conscientemente la resolución de los conflictos en campo abierto, si bien entonces las decisiones las tomaban los líderes militares recién llegados más que los asentados en Tierra Santa, lo cual explica, por otra parte, los desastres en que se vieron implicados, dado que en aquellas circunstancias la mayoría de los contingentes desconocía el modo de hacer la guerra de los musulmanes.⁴⁹

En la península ibérica, los estudios más recientes sobre las formas de hacer la guerra han puesto de manifiesto una realidad militar perfectamente comparable con la del resto de Occidente: al menos en el reino de Castilla y León, las estrategias expansivas aplicadas por los monarcas frente a sus vecinos islámicos se articularon sobre la base de una guerra de desgaste de los recursos económicos y militares del adversario —llevada a cabo mediante la sistemática realización de cabalgadas e incursiones destructivas y depredatorias— y de una sucesión de cercos de castillos y, en especial, de ciudades amuralladas, todo ello combinado con el despliegue de unas estrategias políticas tendentes a la fragmentación, disolución o la ruina material de los estados islámicos. En este escenario, las grandes batallas campales se presentan como acontecimientos raros en la vida de los guerreros y dirigentes, hasta el punto de que algunos

de los protagonistas de los más notables procesos de expansión –como Fernando III, que como se sabe conquistó el valle del Guadalquivir e incorporó el reino de Murcia a la corona castellana– nunca llegaron a conocer la experiencia de un combate masivo.⁵⁰ La estabilización de la frontera castellana frente al sultanato nazarí a partir de la última década del siglo XIII y durante la primera mitad del XIV no parece que hiciera variar, en lo sustancial, el perfil de la guerra.⁵¹

La idea de que los comandantes militares procuraban evitar, en la medida de lo posible, una batalla de lanzamiento que podía acarrear enormes costos humanos, estratégicos o políticos y, por consiguiente, la afirmación de que las confrontaciones campales eran sucesos extraordinarios en la guerra medieval están hoy en día tan generalizadas, que tal vez no le falta razón a Strickland cuando resalta que estas consideraciones han pasado de ser una tesis revisionista a convertirse en un axioma propio de la ortodoxia historiográfica.⁵²

Y, como es natural, como cualquier otro principio «ortodoxo» en el terreno historiográfico, está expuesto a controversia o, cuanto menos, a alguna matización. En esta ocasión el matiz ha venido de la mano de John France, quien con buen tino ha observado recientemente que lo infrecuente en la Edad Media fue la gran batalla que involucraba a ejércitos mayores, pero no así los combates en campo abierto en los que se veían envueltas solo pequeñas unidades de guerreros. Estas escaramuzas normalmente eran tenidas como sucesos menores por los cronistas, que apenas daban cuenta de ellas, pero por ello no se rebaja su importancia en la vida del combatiente medieval.⁵³ Enfrentamientos en los que las fuerzas de un noble, de un concejo, de una orden militar o incluso grupos de efectivos más reducidos o fragmentarios luchaban frontalmente con otras fuerzas de potencia similar, tenían que ser por fuerza muy habituales en el curso de las cabalgadas y los asedios, de tal manera que la confrontación directa a pequeña escala, el combate personal o en el marco de unidades menores, se puede considerar una experiencia, si no cotidiana, al menos frecuente en la vida de cualquier guerrero y, además, valiosa como factor de adiestramiento individual y colectivo.

En definitiva, y teniendo en cuenta estas últimas matizaciones, lo cierto es que la mirada de los historiadores hacia la guerra medieval se ha ido deslizando desde la confrontación en campo abierto a la guerra de posiciones y de desgaste, y ello al ritmo que se ponía de relieve un panorama más ajustado de la realidad militar del periodo, panorama en el que las incursiones de destrucción y saqueo y las operaciones asocia-

das a la defensa resultan mucho más determinantes que las batallas.⁵⁴ El fenómeno, por otra parte, no parece limitarse ni al periodo medieval ni a la historia militar europea. Como ha indicado Keegan, en todos los sitios y para todas las épocas, la historiografía, partiendo de lo que denomina como «la épica del triunfo o el desastre», ha preferido siempre poner el foco en las conquistas, en las grandes batallas, en las ofensivas de largo alcance, olvidando que incluso en Europa occidental, que tiene a sus espaldas una larguísima tradición conquistadora, «la guerra no fue una cuestión triunfalista, sino más bien prudente, local, fragmentaria, prolongada y no decisiva» y que «la necesidad de fortificar, defender y desviar en este continente, e incluso mucho más en otros, era tan acuciante como la de hacer campañas, organizar expediciones u obtener victorias». Si todo ello se cuantificara, concluye, «se obtendría como resultado que se ha gastado más dinero y más esfuerzo humano, a lo largo de todo el periodo de esfuerzo militar colectivo anterior a las dos guerras mundiales, en tareas de fortificación que en las batallas».⁵⁵

Si a este «desplazamiento temático» que encontramos en la historiografía interesada por las operaciones bélicas medievales, sumamos el hecho —subrayado adecuadamente por Stephen Morillo— de que buena parte de la llamada «nueva historia militar» ha preferido centrarse en otros aspectos —a veces tangenciales— de la actividad guerrera, tales como los entramados institucionales en los que se enmarcaban los ejércitos, la infraestructura administrativa que los sostenían, la maquinaria fiscal que los sustentaban, los sistemas logísticos que permitían armarlos, moverlos y alimentarlos, la ideología que justificaba sus acciones, las actitudes mentales o las formas culturales que se derivaban de ellas o las experiencias de los guerreros o de sus víctimas, se entiende que los enfrentamientos campales hayan quedado, dentro del conjunto de la producción historiográfica especializada, en un plano secundario.⁵⁶

La batalla ha quedado, pues, reubicada, contextualizada, puesta en perspectiva. El mito historiográfico de la batalla campal, tomada como imagen axiomática de la guerra medieval, parece que se ha desdibujado. Pero sería un grave error arrumbar su estudio simplemente porque fueron pocas o porque la mayoría de ellas carecieran de trascendencia. No podemos obviar que hubo grandes batallas y que, a veces, tuvieron consecuencias políticas o estratégicas de muy largo alcance: en ocasiones las encontramos en el origen de la desaparición y surgimiento de dinastías gobernantes, en la base de la conquista y formación de reinos enteros, en la raíz de avances o retrocesos territoriales espectaculares.

La cantidad no sirve, en este caso, para evaluar la importancia de los efectos cualitativos de aquellos hechos. Por eso su análisis sigue siendo obligatorio.

Además, conviene no engañarse: que aquellos sucesos sean acontecimientos excepcionales, que no sirvan para resumir la forma en que solían resolverse los conflictos, que la visión de los historiadores esté distorsionada por diversas razones, no puede empujarnos a un ápice el impacto que las grandes batallas tenían sobre sus contemporáneos, ya fueran protagonistas, testigos o simples conocedores de aquellos choques. De hecho, una de las causas que explica el extraordinario énfasis que los investigadores han puesto al analizar la batalla reside, precisamente, en la atención que sus propias fuentes les prestaban. El mito de la batalla no lo crearon solo los estudiosos de la guerra medieval: en realidad, en cierta medida lo que estos hicieron fue retomar las apreciaciones que encontraron en los relatos de los cronistas, en las reflexiones de los tratadistas o en los versos de los poetas medievales, en las anotaciones de los cancilleres y en la propaganda de los políticos de la Edad Media. Parece conveniente, pues, volver los ojos hacia las fuentes para comprobarlo.

LA FORMACIÓN DEL MITO: EL IMPACTO SOBRE LOS CONTEMPORÁNEOS

Como hemos podido comprobar, un enfrentamiento cara a cara y en campo abierto entre dos fuerzas, en especial si estas presentaban una entidad significativa, era un hecho raro y extraordinario en la vida de los reinos, de las sociedades, de los guerreros medievales, y es precisamente su excepcionalidad lo que lo convierte en un acontecimiento inolvidable. En general, ningún otro fenómeno militar deja tanta huella en los más diversos autores medievales como la batalla campal. Ya fuera esta un suceso histórico real y concreto, narrado por cronistas y recordado por cancilleres o notarios, ya una invención de poetas recogida en cantares de gesta, ya una situación hipotética contemplada por legisladores o juristas, ya un objeto de enseñanza en la obra de tratadistas o pedagogos, lo cierto es que la batalla campal no pasaba nunca inadvertida. Antes al contrario, atraía la atención de los autores de manera prioritaria y efectiva, mucho más que cualquier otro tipo de actividad militar.

Si tuviéramos que juzgar solo por estos testimonios, o si no los sometiéramos a la debida crítica histórica, es muy posible que llegáramos a la conclusión de que la guerra medieval era poco más que batallas.

Para entender este fenómeno tal vez debamos recordar que en muchas ocasiones y para los más variados temas, la importancia objetiva y la trascendencia histórica de un suceso determinado difiere de una forma notable de la percepción subjetiva que los contemporáneos tienen del mismo. El caso de las batallas medievales es, a este respecto, paradigmático. Sabemos que fueron pocas y rara vez decisivas, pero a pesar de ello marcaron profundamente los testimonios que sobre la guerra nos han llegado de aquella época, la memoria de quienes los recordaron y la fantasía o la creatividad de los que los imaginaron, lo que propició la formación de un tópico deformado y deformante, de un mito distorsionado y distorsionante, pero con enorme capacidad de atracción y sugestión: el del predominio de la batalla campal en el marco de la guerra medieval.

La batalla, nos enseñó Georges Duby, es un acontecimiento resonante, escandaloso, abultado, sensacional, explosivo, que rompe el paisaje chato de lo cotidiano, que impacta sobre la conciencia de quienes participan en él o simplemente tienen noticia del mismo, que «libera» palabras, haciendo hablar o escribir y suscitando «un torrente de discursos». ⁵⁷ Esta misma proliferación de testimonios que, a veces, acompaña a aquellos hechos de por sí extraordinarios por infrecuentes, contribuye de manera definitiva a dotarlos de excepcionalidad histórica, pues los eleva por encima del nivel del curso de los acontecimientos habituales y los carga de una significación política, militar o aun simbólica que en muchas ocasiones no llegaron a tener.

Desde luego, para los historiadores de la Edad Media, una batalla campal era un acontecimiento mayor, el tipo de hecho que cualquiera de ellos consideraría digno de mantenerse en la memoria de los hombres. En el contexto de la cultura histórica medieval las batallas, como los prodigios o los presagios de grandes calamidades –eclipses, terremotos, etc.– eran por sí mismas, con independencia incluso de sus protagonistas, sucesos memorables, insignes, notables, materia propia de una narración histórica. ⁵⁸

No obstante, a los ojos de los cronistas de la Edad Media los hechos por sí mismos casi nunca parecían dignos de memoria sino en la medida en que eran protagonizados por grandes hombres, pues eran ellos los que ennoblecían los acontecimientos de los que más tarde el historiador habría de dar cuenta. Desde esta óptica, el sujeto histórico por excelencia era el rey, cuya mera presencia «crea» el «hecho histórico». De los acontecimientos regios interesaba casi todo –desde el nacimiento hasta su muerte, pasando por sus bodas, el nacimiento de



Figura 4: Miniaturas del folio 149 del Beato de las Huelgas, compuesto hacia 1220, que muestra a las fuerzas del rey babilonio Nabucodonosor II durante el cerco de Jerusalén. Los babilonios se equipan, sin embargo, según los estándares de inicios del XIII, llamando poderosamente la atención el perfecto muro de escudos respaldado por arqueros de la parte superior y las adargas que portan la mayoría de los soldados. Morgan Library & Museum de Nueva York.

sus hijos, sus banquetes y fiestas, los edificios que ordena construir, sus viajes...-, pero, sin duda, entre los actos del monarca, sus guerras –sus victorias, sus derrotas, sus batallas al fin y al cabo– tenían un lugar central en las narraciones de los sucesos del pasado.⁵⁹

Por otra parte, sabemos que tradicionalmente la historiografía medieval concebía la batalla campal en términos jurídicos, interpretándola y presentándola como un duelo que dirimía la justicia de una causa, sancionando un derecho reclamado o defendido y castigando su violación. El encuentro frontal entre dos fuerzas venía a ser un procedimiento legal en el que las partes litigantes se enfrentaban para resolver el pleito. El carácter marcadamente providencialista de la producción histórica de aquellos siglos vino a matizar o a enriquecer esta visión de la batalla, convirtiendo a Dios en árbitro supremo que dictaba un veredicto, entregaba la victoria a los justos y castigaba con la derrota a los torticeros. Como han subrayado quienes se han acercado al análisis de las batallas, la perspectiva de la historia de las ideologías o de las mentalidades, la batalla constituía una verdadera apelación a lo sagrado, un auténtico *Juicio de Dios*. Así las cosas, se entiende que su planteamiento, su desarrollo y sus consecuencias no podían dejar de atraer la atención de los cronistas.⁶⁰

Por si todo ello no fuera suficiente, los historiadores disponían, desde fines del siglo XI, de una materia que superaba a todas, de unos acontecimientos bélicos que eran más extraordinarios que ninguna otra guerra que hubiera vivido la humanidad, una aventura no conocida ni por Israel ni por ningún otro pueblo: la cruzada. Orderico Vital llegaría a afirmar que jamás un tema tan glorioso se había ofrecido nunca a los filósofos, poetas y cronistas, como el triunfo sobre los paganos de Oriente a manos de un pequeño número de cristianos.⁶¹ En la península ibérica, el enfrentamiento armado entre la cristiandad y el islam era incluso anterior a la primera cruzada, pero hay que reconocer que la ideología «cruzadista» vino a reforzar la imagen de confrontación radical entre sociedades antagónicas. La guerra contra los musulmanes devino en un enfrentamiento que trascendía la esfera de la competencia política entre estados para entrar en el terreno de la teología y de la lucha entre el bien y el mal, entre Dios y el Diablo, entre dos comunidades universales, teológicamente constituidas. En definitiva, el conflicto entre el islam y la cristiandad no era, a los ojos de los cronistas, una confrontación ordinaria, sino un duelo teológico que, como es lógico, encontraba en la batalla campal el marco propicio para su desarrollo. Las batallas resumían, en un solo acto, toda la grandeza, toda la trage-

día, todos los matices de aquel enfrentamiento –radical en lo ideológico– que mantenían cristianos y musulmanes.⁶² Obviamente, apenas hace falta decirlo, este es el caso paradigmático de las Navas de Tolosa.⁶³

Partiendo de todas estas premisas –la historicidad del hecho en sí mismo considerado, el papel central de los monarcas en la historiografía y el de la guerra en la vida de los reyes, las connotaciones jurídico-teológicas de la batalla y la interpretación ideológico-religiosa del choque armado contra el islam–, estaba más que justificada la enorme atención, cercana a la fascinación, que los historiadores habrían de prestarle a tales sucesos, en especial cuando, como ocurría en muchas ocasiones en el escenario peninsular, las indicadas premisas historiográficas se entrelazaban. Los cronistas hispanos tenían pocas dudas al respecto: aquellos eran acontecimientos extraordinarios que merecían una dedicación prioritaria.

Por ejemplo, el obispo Lucas de Tuy, sin duda uno de los más significados historiadores de la primera mitad del siglo XIII, conocía la resonancia que en tiempos de Alfonso VII tuvo la conquista de Almería de 1147 y sabía que aquella fue una operación de gran magnitud y complejidad en la que, además de las tropas castellanas, participaron naves y contingentes genoveses y catalanes, que a la postre fueron los grandes beneficiados del reparto del botín. A pesar de su importancia y dimensión, en su obra el asedio sobre este puerto mediterráneo queda resuelto en apenas unas líneas. Es posible que en este mismo año el emperador también cercara y tomara Baeza, un acontecimiento objetivamente menor –por la entidad de la plaza, por las fuerzas involucradas, por la posición estratégica...– que la conquista de Almería. Sin embargo, ahora el cronista se recrea en la narración detallada de algunas circunstancias singulares hasta el punto de que, no tanto debido a la extensión cuanto a la intensidad del relato, esta segunda anexión –la de Baeza– acaba por oscurecer a la primera. La diferencia de trato que el autor da a un caso y a otro se explica en función de un hecho concreto: durante el cerco de Baeza se produjo una batalla campal entre las fuerzas castellanas asediadas y los defensores musulmanes como consecuencia de una salida de estos últimos. Con ello, el narrador disponía del escenario preciso para dramatizar la situación –retirada de una parte de los caballeros castellanos, angustiosa inferioridad numérica de los cristianos frente a la multitud de los musulmanes– y para dar rienda suelta a sus creencias providencialistas al hacer intervenir a san Isidoro, que aparece dando valor a los suyos para el combate que al día siguiente tendría lugar frente a un ejército islámico que, como puede suponerse,

en poco tiempo sería derrotado. Parece claro, pues, que la mayor o menor atención del historiador a un acontecimiento bélico puede depender tanto de su importancia, complejidad o trascendencia, como de la forma en que se resuelve: la batalla ilumina el relato, su ausencia lo entenebrece, lo hace gris.⁶⁴

Si, además, se da la circunstancia de que el propio cronista es testigo del suceso y considera que el resultado del enfrentamiento campal ha tenido una enorme repercusión sobre el devenir de las personalidades que lo protagonizaron o de los pueblos implicados, entonces su interés en la batalla rebasa el mostrado ante cualquier otro tipo de acontecimientos, militares o civiles.

A este respecto, el arzobispo de Toledo, don Rodrigo Jiménez de Rada, nos ofrece un caso modélico para exponer la actitud del historiador medieval ante la batalla. Este ejemplo ya ha sido resaltado en alguna ocasión,⁶⁵ pero por su claridad conviene traerlo a colación de nuevo. Sabemos que estuvo presente en las Navas de Tolosa, que desempeñó un papel muy importante en la organización de la cruzada abanderada por Alfonso VIII y que ocupó una posición privilegiada en aquel enfrentamiento.⁶⁶ Este autor articuló su *Historia de rebus Hispanie*, una obra dedicada a la reconstrucción del pasado peninsular desde los primeros pobladores hasta 1241, en un prólogo y nueve libros. Pues bien, no dudó en consagrar doce de los quince capítulos del libro VIII, es decir, casi su totalidad, a la narración de la citada campaña desde la concentración de las tropas en Toledo en la primavera de 1212 hasta su conclusión a finales de julio de ese año. La importancia concedida por el Toledano a la batalla resalta todavía más si se piensa que el libro anterior, el VII, abarca todo un siglo de historia, desde el reinado de Urraca y Alfonso I el Batallador a la pérdida de Salvatierra y la muerte del infante don Fernando en 1211: un libro para historiar un siglo y otro para narrar los acontecimientos de tres meses. Sin duda tal descompensación da una idea cabal de la trascendencia otorgada a la batalla. Tal vez se podría aducir que el cronista no fue coetáneo de la mayoría de los hechos que narra en el libro VII y que, por tanto, los debía tratar necesariamente de una manera más somera. Pero ocurre que el libro IX se ocupa de los reinados de Enrique I y Fernando III hasta poco después de la toma de Córdoba, casi treinta años de historia de los que el arzobispo también fue contemporáneo, en los que siguió situado en un lugar central como para poseer datos precisos y tomar parte en algunos hechos importantes de este último periodo, y sin embargo ninguna circunstancia le mereció una atención comparable a la

dedicada a los hechos del verano de 1212. Desde luego, no es la falta de información lo que explica el desequilibrio en el tratamiento de los hechos enmarcados en uno y otro capítulo de su obra. La fascinación ante la batalla, junto a la interpretación providencialista que el autor realiza, debe tener algo que ver con la adopción de actitudes tan distintas ante los acontecimientos.

La centralidad de las batallas campales en la producción historiográfica se observa incluso en los pequeños cronicones o anales, obras muy escuetas, en las que los hechos históricos se consignan de manera particularmente sucinta y ordenados cronológicamente. En estos casos los autores apenas necesitaban más que una fecha y una breve frase para dejar constancia, de manera muy selectiva, de aquellos acontecimientos que se consideraban importantes y dignos de ser recordados: sucesos relacionados con los reyes u otros personajes relevantes –nacimientos, fallecimientos, bodas...–, con la política interna –revueltas–, con la vida religiosa –noticias sobre prelados o consagraciones, entre otras–, fenómenos naturales –alteraciones climáticas o astronómicas–, eventos de ámbito internacional o local. Pues bien, no deja de ser significativo, a los efectos que aquí comentamos, que las batallas campales también tengan habitualmente una posición privilegiada entre los hechos recordados por los analistas: los llamados *Anales toledanos I y II*, por tomar un ejemplo cercano en el tiempo y en el ambiente a la batalla de las Navas de Tolosa, dedican en conjunto más de la mitad de las noticias a consignar acontecimientos bélicos, entre los cuales destacan los enfrentamientos en campo abierto entre musulmanes y cristianos.⁶⁷

La fuerza sugestiva de la batalla sobre el imaginario medieval, el historiográfico y el colectivo, se aprecia incluso en aquellos supuestos en los que cabe sospechar de su historicidad. Son conocidas las dudas más que razonables que rodean a los testimonios relativos a la batalla de Clavijo: las fuentes cercanas al encuentro que, al parecer, tuvo lugar entre las tropas de Ramiro I y los musulmanes cerca de Albelda en el año 844 guardan un significativo silencio; las primeras noticias, procedentes del documento que contiene el Voto de Santiago, se ofrecen tres siglos después; el análisis pormenorizado de aquellas apunta hacia una falsificación documental. Parece evidente, pues, que la batalla en realidad no tuvo lugar en los términos y circunstancias narrados y consagrados por los grandes cronistas del siglo XIII, Lucas de Tuy y Jiménez de Rada, aunque pudiera rememorar de manera distorsionada algún otro acontecimiento posterior. De todas formas,

interesa resaltar que la falta de historicidad de los hechos relacionados con la batalla de Clavijo, tal como fueron recogidos por los cronistas medievales y se perpetuaron en los siglos siguientes, no es óbice para que el escenario de una batalla sea el terreno elegido por el clérigo-cronista para demostrar de forma palpable el providencialismo histórico, haciendo de la ayuda de Dios el elemento clave en el desarrollo de los hechos, a fin de evidenciar el carácter sacro de la guerra contra los infieles mediante la participación directa de Santiago en la lucha y la consideración de mártires a los muertos cristianos, con el objeto de ofrecer a los lectores un modelo ideal de monarca y de súbditos que prefieren arriesgar sus vidas antes de someterse a la ignominia de entregar a los musulmanes un tributo de cien doncellas con las que copular, o para justificar, en acción de gracias, una sustancial donación económica a la iglesia compostelana. La batalla ofrecía, pues, un marco ideal para el despliegue de todo tipo de acciones propagandísticas y de entramados ideológicos, para la difusión de valores sociales y la creación de mitos sociológicos. Tal vez por ello, puestos a elegir, la nobleza bajomedieval no dudase en entroncar su linaje con aquellos hechos de armas aunque, como en el caso de Clavijo, estos formen parte más del imaginario que de la propia historia.⁶⁸

Porque, conviene advertirlo al hilo de esta última consideración, la batalla casi nunca se presenta en la historiografía como un resto arqueológico inalterado. Antes al contrario, de un historiador a otro, de una fuente a otra posterior, de una generación a la siguiente, el relato de la batalla cobra vida propia, tiende a crecer, a enriquecerse, a ampliarse. Allí donde los testimonios más cercanos guardan silencio o apuntan de forma sucinta una circunstancia o una presencia, sus sucesores hacen hablar a los protagonistas, elaboran discursos complejos, detallan movimientos, multiplican los hechos de armas, añaden nombres de participantes, evalúan contingentes. Los relatos más antiguos o los aportados por los testigos resultan parcos e insuficientes con el paso del tiempo. Se reclama más información, más iluminación sobre el acontecimiento, y el cronista ofrece, agrega, completa, inventa.

De esta forma, la historia de la batalla se ensancha para dar entrada a realidades nuevas que la hacen todavía más atractiva, más sugerente. Lo ocurrido con algunos episodios importantes de la campaña de las Navas es, una vez más, ejemplar: uno de los momentos más difíciles en la marcha del ejército dirigido por Alfonso VIII se produjo cuando, una vez alcanzada la cima de Sierra Morena, se comprobó que los almohades habían tomado el desfiladero de Losa y la aproximación



Figura 5: Malherido, el rey francés Luis IX es evacuado durante la batalla de El Mansura (1250), desastre que puso fin a la séptima cruzada en suelo egipcio. Miniatura del folio 199 de la *Vida y milagros de san Luis*, obra de Guillermo de Saint-Pathus, siglo XIV. © Bibliothèque nationale de France.

al campamento islámico resultaba imposible. Avanzar por el estrecho paso dominado por los enemigos parecía suicida y retroceder hubiera significado, a juicio de los dirigentes cristianos, una desbandada. Una situación tan comprometida se resolvió gracias a la ayuda inesperada de un individuo, buen conocedor de la zona, que avisó de la existencia de otro camino alternativo que permitía bajar de la sierra y acercarse al campamento califal sin excesivos riesgos. El consejo se mostró útil y decisivo para el posterior desarrollo de la campaña, así que no debe extrañar que algunos testigos –aunque no todos– dejaran constancia de aquellos hechos. En efecto, interpretaron la aparición de aquel personaje en términos providencialistas y entendieron que a través de él Dios auxiliaba a los suyos, pero en sí misma aquella persona no parece que tuviera un carácter sobrenatural: para el propio rey de Castilla no era más que un «rústico»; para el arzobispo Jiménez de Rada, que también estaba presente, no era sino «un hombre del lugar, muy desaliñado en su ropa y persona, que tiempo atrás había guardado ganado en aquellas montañas y se había dedicado allí mismo a la caza de conejos y liebres», un ser humano a quien Dios –«que se sirve de las escorias del mundo»– utilizaba como enviado.⁶⁹ No obstante, poco después otros cronistas –contemporáneos, pero no testigos de aquellos hechos– comienzan a

engrandecer las posibilidades de interpretación: de un modo significativo, Lucas de Tuy ya no se limita a calificarlo de «pastor» enviado por Dios, sino que lo considera «a modo de» pastor de ovejas, en tanto que el autor de la *Crónica latina de los reyes de Castilla* da un paso más y entiende que era un nuncio divino aparecido «bajo la figura de pastor», y añade con prudencia –introduce la afirmación con un «se cree por los que juzgan con rectitud»–, que «no era un puro hombre, sino alguna virtud divina». ⁷⁰

La ambigüedad de las fórmulas empleadas, unido a lo dramático de la situación y a la interpretación providencialista de la historia, dejaba abierta la puerta a nuevas recreaciones y ampliaciones en la línea apuntada: décadas más tarde, alguna de las versiones de la *Estoria de Espanna* alfonsí no solo sostendría –ya sin ambages– que aquel personaje, aunque semejase ser un pastor, en realidad era «un ángel mandadero de Dios», sino que también ponía en su boca toda una alocución con las palabras precisas que dirigió a los reyes. ⁷¹ Pero el papel de aquel individuo o de aquel enviado de Dios había sido tan importante para el transcurso de la campaña y el desarrollo final de la batalla, que difícilmente se podía resistir la tentación de otorgarle al personaje una identidad reconocible, fuera lo que fuera. Así, si solo era un pastor, seguramente tendría un nombre, habría conseguido alguna recompensa por su información y dejado descendencia: en el siglo XVI, Gonzalo Argote de Molina le identificaba ya como Martín Alhaja, un pastor que solía andar por aquella zona con su ganado, a quien los reyes le prometieron grandes mercedes y de quien descendía el linaje de los Cabeza de Vaca; si tenía carácter divino, también podía ser «localizado»: San Isidro Labrador fue a quien con mayor insistencia se reconoció como el protagonista de aquella aparición. ⁷²

La anécdota del «pastor de las Navas», crucial para la batalla, había sido recogida con prudencia –Alfonso VIII, el arzobispo de Toledo– por los testigos directos o simplemente ignorada, pero creció con el paso del tiempo. No es lo único: podríamos constatar el mismo fenómeno con las listas de nobles que participaron en la contienda o con la identificación de quienes, en el momento final de la lucha, se adjudican la gloria de haber asaltado el palenque almohade. Pero no parece necesario, nos basta con repasar en la obra de Argote la relación de linajes nobiliarios que tomaron en sus escudos de armas la divisa de las cadenas que rodeaban el campamento del emir, la cruz que apareció durante la batalla u otros signos alusivos a la jornada. Y es que, como afirma el citado autor,

[...] fue tan grande el concurso de todos los nobles de los reinos de España, para hallarse en esta batalla, que apenas quedó rico hombre ni hijodalgo en toda Castilla, Aragón y Navarra que pudiese tomar Armas, que no se hallase en ella. Y así se les puede dar con mucha razón crédito a todos los nobles, que por razonables conjeturas se preciaren, haberse hallado en ella sus antecesores. Y así, por tradiciones antiguas de algunos otros linajes consta haberse señalados en esta batalla sus pasados, y haber quedado memoria de ello en sus escudos.⁷³

A los efectos que aquí interesan, parece claro que las Navas, como otros encuentros campales, no solo fue un acontecimiento central para los cronistas, sino también un motor historiográfico que, por sí mismo, generaba nuevas narraciones y ofrecía un verdadero trampolín propagandístico a linajes y lugares. En fin, para valorar el impacto de esta batalla en la producción historiográfica, tal vez convenga recordar que quizá ningún otro hecho del medievo hispano ha recibido en las fuentes histórico-literarias europeas de los siglos XIII al XV la atención que las Navas ha merecido: hasta 172 menciones se han podido documentar en todo tipo de anales, crónicas y otras creaciones de diverso carácter.⁷⁴

Pero no era solo el sentido histórico de los cronistas el que podía quedar deslumbrado por hechos tan relevantes. Los juglares o los monjes que compusieron cantares épicos podían aprovechar la narración de las actuaciones de su héroe en una batalla para condensar en ella el conjunto de valores atribuidos al mismo. En realidad, estas composiciones —como todos sus antecedentes épicos desde la época de Homero— «cantan» a la batalla más que a la guerra.⁷⁵

Los encuentros campales se configuran en este tipo de obras no solo como el escenario prioritario para el desarrollo de la acción del héroe, sino también como un tipo de operación en el que el autor se entretiene para detallar con minuciosidad los preparativos, las situaciones previas de los protagonistas, sus movimientos, sus gestas, las vicisitudes del combate, el resultado final, la muerte del enemigo, el botín, el triunfo de unos y la derrota de otros. Basta con una aproximación al largo poema épico que conocemos como *Libro de Alexandre* para comprobar que los hechos de armas constituyen, como es lógico, el centro de todo el entramado narrativo y que, dentro de ellos, las batallas ocupan un lugar preferente y muy extenso. Ninguna otra operación narrada —cercos de ciudades, conquistas territoriales, saqueos...— merece,

ni de lejos, la atención prestada a las confrontaciones en campo abierto, tal como demuestran los centenares de estrofas dedicadas a describir las luchas entre griegos y troyanos ante las murallas de Troya o, sobre todo, los encuentros entre las tropas alejandrinas y las persas. La evidencia nos exime de realizar un recuento comparativo, pero sí nos gustaría destacar que casi todos los consejos militares que recibe el protagonista de su maestro, Aristóteles, se refieren al comportamiento que debía seguir en las colisiones frontales. Al contar las primeras acciones de los contingentes griegos tras entrar en el Imperio persa, el poeta da cuenta de las algaras que corrían la tierra y de las conquistas de castillos y de villas fortificadas, pero advierte que los seguidores de Alejandro estimaban poco todas aquellas ganancias, puesto que lo que de verdad ansiaban era el combate directo con los persas: «mas la justa de Darío tanto la codiciaban / que toda la conquista en nada la apreciaban». En realidad, esa era exactamente la actitud del poeta frente al hecho militar: fuera de la batalla, casi nada merecía la pena.⁷⁶

Este fenómeno es general: casi un tercio de las estrofas del *Poema de Fernán González* fueron dedicadas por el monje de Arlanza a la reconstrucción de una sola batalla contra los musulmanes, la de Hacinas, y casi la mitad de los versos en los que el conde castellano es protagonista refieren aspectos relativos a sus dos encuentros campales con las tropas de Almanzor: Lara y la citada Hacinas.⁷⁷ En realidad, al poeta de Arlanza que escribía en la segunda mitad del siglo XIII le importaba bastante poco que la batalla de Hacinas no hubiese tenido lugar nunca, ni que la «supuesta victoria de Fernán González sobre Almanzor en Hacinas sea un recuerdo mezclado de acreencias legendarias» de la campaña que realizó Abderramán III por tierras de Castilla el año 934, ni que el ejército califal en realidad pasara a veinticinco kilómetros del lugar donde se desarrolló el enfrentamiento.⁷⁸ Lo que importaba era el marco, el escenario donde hacer actuar, pensar y hablar al héroe, y quizá ninguno más apropiado que el de una batalla campal.

A este respecto, el caso del *Cantar de Mio Cid* es particularmente representativo, sobre todo si, como afirman no pocos especialistas, su composición está directamente relacionada con el ambiente creado tras la derrota de Alarcos y en torno a los preparativos de la campaña que culminaría en las Navas de Tolosa.⁷⁹ El verismo del poema cidiano es uno de los rasgos fundamentales destacado por Ramón Menéndez Pidal y, de acuerdo con esta premisa, se han realizado estudios sobre la guerra medieval a partir de los testimonios allí recogidos.⁸⁰ No se puede dudar de que el autor ofrece descripciones de hechos militares desde una

perspectiva realista, lo que le lleva a insistir en más de una ocasión en el desarrollo de actividades predatorias por parte de la hueste del Cid y a no ignorar la importancia de los cercos en la acción bélica del héroe, pero tampoco se puede ocultar que todo el hecho militar en su conjunto está marcadamente distorsionado por el absoluto predominio de la batalla:⁸¹ estas acciones armadas no solo reciben un amplio y detenido tratamiento –por ejemplo, casi un tercio de los versos del Primer cantar se dedican en exclusiva a narrar las batallas de Alcocer y del Pinar de Tévar–, sino que frente a ellas cualquier otra forma de llevar adelante el esfuerzo militar queda oscurecido por completo, como demuestra el hecho de que la conquista de Valencia –sin duda el acontecimiento más trascendente desde el punto de vista político-militar de la vida de Rodrigo Díaz– se resuelve con dieciocho versos contra los casi doscientos que se invierten en la descripción de la primera batalla contra el rey de Marruecos.⁸²

El comentario sobre este último *Poema* nos permite introducir una reflexión adicional: solo la fascinación que los autores medievales sentían hacia la batalla campal puede explicar el sobrenombre de *Campeador* aplicado al héroe. Desde muy pronto, las fuentes que informan sobre Rodrigo Díaz utilizan este apelativo y parece haber pocas dudas de que el mismo está relacionado con su particular habilidad para luchar con éxito en campo abierto.⁸³ Que historiadores y poetas, tanto musulmanes y cristianos, se fijaran en el valor y la pericia del héroe en tales formas de combatir, hasta el punto de elevarlo a la categoría muy honorífica de «señor del campo de batalla», y llegaran a convertir esta característica de Rodrigo en signo de distinción y admiración, es una muestra más del excepcional deslumbramiento de los hombres ante las batallas.

Es evidente, por todo lo indicado, que un encuentro campal era un acontecimiento considerado central en la vida de un reino o de un líder militar, tanto desde la perspectiva de los historiadores como desde la de los poetas. Pero no eran los únicos que participaban de esta opinión. También desde el punto de vista de la oficialidad cancilleresca una batalla constituía un hecho lo bastante trascendente como para fechar otros asuntos, como para que sirviese de jalón cronológico en la actuación administrativa de un reino, como para que los notarios y escribanos acabaran adjudicando a un monarca victorioso un apelativo relacionado con ella. La mención de las batallas en las datas históricas de los documentos oficiales se convierte así en propaganda de un suceso, de un éxito militar que, por su excepcionalidad, merece la pena

recordarse. Por ejemplo, en el verano de 1179 las tropas de Fernando II de León y las del futuro rey de Portugal –el todavía infante don Sancho– se enfrentaron en Argañal, en el término de Ciudad Rodrigo, donde los portugueses fueron derrotados.⁸⁴ Pues bien, en septiembre de aquel año el monarca leonés concedía a la iglesia de Tuy el castillo de Santa Helena y otros bienes, y la cancillería fechaba el documento recordando la efeméride: «El año en que el rey Fernando venció en batalla campal a Sancho, rey de los portugueses».⁸⁵

Como puede imaginarse, la cancillería de Alfonso VIII tampoco dejó pasar la ocasión para recordar en sus diplomas el año en el que el rey venció en las Navas: el 21 de julio de 1214, emitía un documento fechado en Burgos, «en el tercer año después de que yo, Alfonso, hube vencido al Miramomelino, rey de Marruecos, en batalla campal en las Navas de Tolosa, no por mis méritos, sino por la misericordia de Dios y el auxilio de mis vasallos». Incluso algunos notarios, tal vez ajenos a la oficina real, mostraron su admiración por aquel acontecimiento. En 1213 don Alvaro Núñez entregaba a la reina Urraca una serie de heredades en Santa María Ribarredonda, Piedralada y Poza para la dotación del proyectado monasterio de Vileña, datándose aquel instrumento público en «el año en que el muy valeroso rey Alfonso venció al Miramomelino, rey de África, en las Navas de Tolosa y destruyó Úbeda».⁸⁶

El impacto de esta batalla sobre la memoria de los cancilleres y notarios de reinados posteriores fue notable, lo suficiente como para que, en adelante, Alfonso VIII fuera recordado en la documentación por su condición de vencedor de aquel encuentro: ocho décadas más tarde, los escribanos al servicio de la hermandad concejil de Castilla seguían identificando a aquel monarca como el «que venció la batalla de Vbeda» y más de un siglo después de la batalla, la cancillería de Alfonso XI aún rememoraba el choque y utilizaba el mismo apelativo para distinguir a aquel rey castellano.⁸⁷

Tampoco a los legisladores les podían pasar desapercibidos aquellos sucesos y, también ahora, el tratamiento dado a la batalla en relación con otros hechos militares recuerda la trascendencia que se le otorgaba. Por supuesto, a los creadores del derecho, ya fuera este de ámbito general o local, les preocupaba todo lo relacionado con la ordenación bélica del reino o de la ciudad, desde el tipo de armamento que cada individuo debía de aportar según su condición social hasta las reglas para el reparto del botín, pero siempre pusieron un énfasis especial en consignar la naturaleza, duración y entidad de las obligaciones

militares que concernían a los vecinos, súbditos o naturales del reino. A este respecto, las fuentes legales manifiestan que, en los reinos cristianos peninsulares, el deber general de asistir al monarca en sus necesidades militares no llegó a olvidarse, pero todo hace pensar que el peso de aquella obligación era muy oneroso y que los resultados prácticos de unos reclutamientos generales e indiscriminados, dada la escasa instrucción de muchos de los convocados al servicio, eran bastante mediocres. Ante esta constatación, los reyes fueron progresivamente eximiendo a sus súbditos de la obligación de acompañarlos a la guerra. Sin embargo, había situaciones en las que, por su especial peligrosidad o por las posibles consecuencias de sus resultados, la exención no era posible: si la intención del rey era la de ir a una batalla o a un cerco, se puntualiza en los textos forales, entonces todos debían seguirle.⁸⁸

Parece claro, pues, que para los legisladores la batalla campal, ese tipo de encuentros que se salía de lo ordinario de la guerra, estaba rodeada de un aura especial que les incitaba a subrayar el cumplimiento de las obligaciones militares que, en aquellos casos, los súbditos tenían hacia el gobernante. Así lo hicieron notar de manera contundente sobre todo los juristas al servicio de Alfonso X. Por supuesto, no se olvidaron de concretar en sus obras las exigencias militares que el gobernante podía requerir al reino, tanto cuando se realizaban operaciones de cerco como cuando se preparaba una cabalgada, pero las recalcan de manera especial si el monarca tenía que enfrentarse a sus enemigos en campo abierto. En este sentido, son notablemente significativos los términos en los que se expresan los autores del *Espéculo*:

Si los que son llamados para las dos huestes antes mencionadas, esto es, para entrar en la tierra de los enemigos [en cabalgada] o para cercar sus villas o castillos, deben venir por las razones dichas en estas tres leyes, mucho más lo deben hacer aquellos a los que el rey llama cuando quisiere entrar en la tierra de los enemigos para dar batalla al rey e a los de aquellas tierras, o si se llega a batalla por acuerdo entre las partes. Porque a tal hueste deben venir mas rápido y mejor guisados de hombres y de armas que a estas otras dos huestes».⁸⁹

Los peligros de toda batalla podían ser pavorosos y sus efectos trascendentales e irreversibles en la vida política, de ahí que los súbditos y vasallos que fueran convocados a hueste «para dar batalla» junto a su rey estuviesen obligados a acudir de una manera tajante, de tal forma que



Figura 6: Dos formidables contingentes de caballería, equipados según los estándares de la primera mitad del siglo XIII chocan en esta elaborada miniatura del folio 41 recto de la llamada Biblia Maciejowski, en la actualidad preservada en la Morgan Library & Museum de Nueva York.

la inasistencia únicamente podía explicarse si era consecuencia de enfermedad u otra causa mayor. No existían excepciones: todos los naturales del reino que fuesen llamados tenían que hacer acto de presencia en la hueste real, incluso si eran vasallos de otros reyes o señores que estuvieran enemistados con el rey natural o si ellos mismos estuviesen desnaturalizados.⁹⁰ Bien puede considerarse que estas consideraciones eran la plasmación normativa del miedo o de la cautela ante el choque campal.

Desde el cronista al poeta, desde el canciller al legislador, todo el que podía dejar por escrito sus impresiones mostraba, cada cual desde su particular punto de vista, la relevancia que la sociedad medieval concedía a la batalla campal, la importancia que se le confería, la enormidad de sus consecuencias. Según su particular percepción, el giro histórico, resultado de una sola batalla, podía ser de una magnitud de vértigo: en tiempos del rey Rodrigo –recordaba el canciller Diego García de Campos (1140-1220) a principios del siglo XIII–, a raíz del encuentro campal junto al Guadalete, *Hispania* quedó en una situación miserable, «casi enteramente devastada», mientras que en su propia época, en los tiempos de otro Rodrigo –el arzobispo de Toledo–, reanudado el combate en las Navas de Tolosa, no solo se venció a los ismaelitas, sino que la Hispania triunfante los aplastó. De la «España miserable» a la «España victoriosa», de la España conquistada, lamentable, gimiente, a la España conquistadora y restaurada en su gloria a través de dos batallas:

tales eran los hitos que marcaban el devenir histórico. Sin duda, para Diego García aquellas fueron, en definitiva, jornadas decisivas.⁹¹

Como se entendía que las batallas podían llegar a ser tan determinantes para el transcurso de la historia, todo aquel que pretendiera transmitir a los poderosos, a los que tenían en sus manos la toma de decisiones, las enseñanzas precisas para el gobierno de las tierras y de los hombres, tenía que detenerse a reflexionar sobre la guerra en general, pero de una manera muy especial sobre la forma en que debían abordar los encuentros campales. La literatura didáctica, desarrollada por tratadistas que aspiraban a educar a los príncipes o a los nobles, no podía dejar pasar la ocasión de aconsejar a sus posibles discípulos sobre aquellos hechos: los apercibimientos sobre la prudencia del rey a la hora de valorar sus propias fuerzas o sobre la necesidad de mantener el orden, la constancia y la disciplina de los ejércitos, sobre la selección de los reclutas y su instrucción, la elección del momento y lugar del enfrentamiento, la disposición de las tropas, los movimientos de los efectivos, los engaños del enemigo o los estímulos a los guerreros, se suelen enmarcar por lo general en el escenario previo a un choque frontal o se dictan pensando en el combate.⁹²

La batalla es el paisaje en el que los tratadistas se figuran la actuación del caballero, en el que ha de mostrar su valor, su esfuerzo, su sufrimiento, la aceptación honrosa de la muerte. Por eso se les enseña y se les amonesta para que sepan cómo evaluar la pertinencia de buscar el combate o evitarlo y, llegado el caso, cómo comportarse durante el mismo.⁹³ Ciertamente, había otras formas de derrotar al enemigo —«gran decisión es doblegar al enemigo más por hambre que por guerra», sentenciaba al respecto Juan Gil de Zamora— y otras formas de hacer la guerra y, del mismo modo, se daban consejos sobre la manera de llevar adelante un cerco o una cabalgada, pero hay que reconocer que frente a la batalla todo quedaba oscurecido.

Julio, el filósofo que aconsejaba al infante don *Johas* en el *Libro de los estados*, no dejaba pasar la ocasión de ofrecer a su pupilo todo tipo de advertencias y enseñanzas sobre la manera en que debía conducirse en tiempos de guerra, tanto contra cristianos como contra musulmanes. El autor, don Juan Manuel, buen conocedor de la realidad bélica por su dilatada trayectoria militar, no podía olvidar la importancia de las operaciones de asedio y de la *guerra guerreada* y, en consecuencia, ofrecía un amplio elenco de avisos y recomendaciones para culminar con éxito aquellas operaciones. Sin embargo, la lid campal ocupa un lugar central en sus preocupaciones, de ahí que se detenga en detallar las previsio-

nes que habían de tomarse, las formaciones que debían adoptarse, las precauciones que tenían que tomarse... En el fondo, la certeza de que la batalla era una irreversible apuesta a vida o muerte, rodeada de incertidumbre, donde la suerte quedaba directamente en manos de Dios y en las de los hombres sufridores, de gran vergüenza y de gran corazón, pero escapaba de las de los dirigentes, hacía de esta operación un hecho dramático y temido, y por ello digno de ser conocido.⁹⁴

Parece claro, pues, que el mito de la batalla medieval fue creado por los propios contemporáneos. Ciertamente es que cada cual podía tener una mirada particular sobre tan extraordinarios y siempre atrayentes choques: frente a los juglares o los poetas, que hacían de ellos verdaderos palenques donde hacer actuar, hablar y sentir a sus personajes desde una óptica heroica y grandiosa, los tratadistas y educadores –más realistas y, por ello, más temerosos–, avisaban sobre la necesidad de evitarlas en cuanto fuera posible y los cronistas, excitados por la victoria o conmovidos y apesadumbrados por la derrota, dejaban constancia de sus efectos. Pero nadie podía dejar de hablar de ellas porque nadie podía quedar indiferente ante el drama: su propia excepcionalidad explica la impronta dejada en los testigos. Las Navas de Tolosa, como hemos tenido ocasión de comprobar en estas páginas, no solo no fue un caso singular, sino que por el contrario constituye un verdadero paradigma de la atracción que los hombres sentían por aquellos acontecimientos excepcionales.

Conviene, pues, poner el contrapunto, volver a ras del suelo y, prescindiendo de exageraciones, de las deformaciones, de las impresiones subjetivas de los contemporáneos, analizar la posición real de la batalla en la guerra. Y, para ello, tal vez sea necesario comenzar por colocar a los enfrentamientos en campo abierto en su contexto estratégico.

Notas

- 1 Oman, C. W. C., 1953; *Id.*, 1978, 2 vols. (originalmente editada en 1924); Delbrück, H., 1982 (publicada entre 1900 y 1936); Fuller, J. F. C., 1946; *Id.*, 1964, vol. I; Lot, F., 1946; Verbruggen, J. F., 1977 (la primera edición de 1954); Beeler, J., 1971; Huici Miranda, A., 1956. Sobre el «combate historiográfico» en torno a la consideración de las batallas *vid.* Rodríguez Casillas, C. J., 2018, 23-34.
- 2 Oman, C. W. C., *op. cit.*, vol. II, 52-53. En *The Art of War*, 62, ya había sostenido que las grandes batallas eran «infrecuentes», un fenómeno que le parecía extraño dada la continuidad de la guerra durante todo

el periodo, en especial cuando se colocaba en términos comparativos: «Muchos años de hostilidad producían solo unas cuantas escaramuzas parciales; comparadas con las campañas modernas, los combates generales eran increíblemente pocos. Federico el Grande o Napoleón I lucharon en más batallas en un año que un comandante medieval en diez».

3 A título indicativo, y en relación con ámbitos y cronologías variadas, *vid.* las opiniones al respecto de Delbrück, H., *op. cit.*, 324-327; Spaulding, O. L. y Nickerson, H., 1994, 303, la edición original de esta obra se remonta a la segunda década del siglo XX; Fuller, J. F. C., *op. cit.*, 75; Verbruggen, J. F., *op. cit.*, 249-300; Montgomery, [B. L.], Vizcount Montgomery of Alamein, 1999, 166 (la primera edición en inglés se publicó en 1968); Beeler, J., *op. cit.*, 170 y ss.

4 Tres de los cinco capítulos del libro V de la edición definitiva de su obra, dedicado a las cruzadas, lo invierte en la descripción de las tácticas empleadas en los encuentros en campo abierto, y lo mismo podría indicarse del siguiente libro, centrado en la historia militar de Occidente desde Hastings hasta mediados del siglo XIV, en el que el estudio de las batallas libradas por los ejércitos ingleses, franceses y alemanes supera en extensión, y de lejos, cualquier otro tema. Sobre ello *vid.* Oman, C. W. C., *op. cit.*, vol. I, libros V y VI, y vol. II, libro VII.

5 Fuller, J. F. C., *op. cit.*, 66-76.

6 Spaulding, O. L. y Nickerson, H., *op. cit.*, 336-346.

7 Beeler, J., *op. cit.*, 170-183.

8 Sus consideraciones sobre la estrategia en Verbruggen, J. F., *op. cit.*, 249-300. El resto del libro está dedicado prácticamente a la actuación de los guerreros en campo abierto.

9 *Vid.* Spaulding, O. L. y Nickerson, H., *op. cit.*, 299-317 para las batallas más importantes en el Continente y 323-329 para las tácticas en Tierra Santa. En el caso de Delbrück, este principio se evidencia al analizar los «aspectos militares de la caballería» y el estudio de las campañas y batallas individuales, *vid.* 263-312 y 399-426.

10 Delbrück, H., *op. cit.*, 30.

11 Lot, F., *op. cit.*, t. II, 261 y 294.

12 *Ibid.*, 262-292 y 294-297.

13 Montgomery, [B.L.], *op. cit.*, 206. En esto Montgomery parece basarse en uno de los más conocidos historiadores militares de la Guerra de los Cien Años, A. H. Burne, quien no dudaba en afirmar que durante el periodo 1369-1396 –cuando la mayor parte de las posesiones continentales inglesas pasaron a control francés–, «la guerra carece de interés militar, ya que hubo muy pocos enfrentamientos importantes», *cit.* por Bennett, M., 1994, 2.

14 Oman, C. W. C., *op. cit.*, 57-58. Incluso cuando Oman habla de «gran estrategia» –como es el caso de las Cruzadas–, parece evidente que sus consideraciones están motivadas únicamente por el deseo de manifestar los errores y la «incurable estupidez» de aquellos guerreros, *vid. Id.* 1978, vol. I, 235-269. Sus juicios críticos sobre la inteligencia de los líderes militares de Occidente no se refieren solo a su actuación en Tierra Santa, sino también y sobre todo a sus comportamientos en

el Oeste. *vid.*, si no, las páginas introductorias del libro VI, dedicado al estudio de la guerra en Europa occidental, vol. I, 355-358.

15 Citado por Wanty, E., 1972, 54.

16 Liddell Hart, B. H., 1946, 97. La primera edición de esta obra data de 1929, aunque fue revisada y ampliada en 1954.

17 Delbrück, H., *op. cit.*, 326-328. La cita textual en 233.

18 González Simancas, M., 1925, VI-VII.

19 Huici Miranda, A., *op. cit.*, 9. El papel central que en el proceso de conquistas castellanoleonésas se le ha venido otorgando a las batallas queda también de manifiesto en la gran cantidad de monografías, artículos, comunicaciones o ponencias presentadas en reuniones científicas o congresos monográficos que han tratado sobre algunas de ellas, tales como Zalaca, Uclés, Alarcos y, sobre todo, Las Navas de Tolosa, en relación con el escaso número de publicaciones dedicadas a cercos particulares o a otro tipo de actividades militares. Una relación completa de trabajos dedicados al estudio de batallas particulares podría ser muy amplia, así que preferimos remitir al estado de la cuestión sobre «Historia política y estructuras de poder. Castilla y León», publicado por González Jiménez, M. y García Fitz, F., 1999, especialmente 212-215. Para más información sobre Las Navas de Tolosa, *vid.* el apartado bibliográfico.

20 Keegan, J., 1990, 40. Las publicaciones que aspiran a explicar la Edad Media a partir de una selección de batallas campales, en el entendimiento de que «son hechos que han de considerarse entre los más significativos [...] y deben ser considerados como la clave para acceder a un mundo mucho más amplio», en tanto que por sí mismas pueden «dar cuenta de las etapas y características principales del milenio al que llamamos Edad Media» ratifican la persistencia de esta tendencia en la historiografía del primer cuarto del siglo XXI. Así, por ejemplo, en Canaccini, F., 2023, 8.

21 Hanson, V. D., 1989, XV-XVI y todo el capítulo 2 de la obra. La cita textual en 13-14. Estas apreciaciones han sido recordadas de nuevo por Morillo, S., 1996b, XVII. Sobre la forma occidental de afrontar directamente el combate *vid.* también Parker, G., 1995, 5, y una comparación global entre las maneras de concebir los encuentros en las culturas oriental y occidental en Keegan, J., 1995, 461-466.

22 Keegan, J., 1990, 26 y, del mismo autor, *Historia de la guerra*, 1995, 24-31.

23 Morillo, S. (ed.), 1996, XVII-XVIII.

24 Clausewitz, C., 1976, 121-122 y 201-268.

25 *Ibid.*, 209.

26 Citado por Alonso Baquer, M., 1986, vol. I, 21.

27 Citado por Keegan, J., 1990, 40.

28 Sobre estas consideraciones *vid.* García Fitz, F., 1998, 29-56 y, de este mismo autor, «¿Hubo estrategia en la Edad Media? A propósito de las relaciones castellano-musulmanas durante la segunda mitad del siglo XIII», *IV Jornadas Luso-Espanholas de História Medieval. As relações de fronteira no século de Alcanices*, Oporto, 1998, vol. II, 837-854, especialmente 837-844.

- 29 Oman, C.W.C., 1978, 325-326.
30 France, J., 1994, 27-28.
31 Lynn, J. A., 2003, XXII. Para la guerra medieval *vid.* 73-109.
32 Parker, G., *op. cit.*, 4.
33 *Vid.* Contamine, P., 1984, 264. Actualmente incluso en el ámbito militar se reconoce que la búsqueda de una utilidad inmediata en el estudio de la historia militar está en la raíz de los métodos ahísticos de comportamiento. Así, por ejemplo, se entiende en los manuales de historia militar de la Academia de West Point. *Vid.* May, E. C., Stadler, G. y Votaw, J. F., 1984, X.
34 Ladero Quesada, M. A., 1993, 195. Al fin y al cabo, como ha indicado R. A. Brown, una larga y valiosa experiencia militar no puede sustituir al conocimiento y al estudio histórico, «The Battle of Hastings», *Proceedings of the Battle Conference on Anglo-Norman Studies*, 1980, 1.
35 Liddell Hart, B. H., *op. cit.*, 97 y ss.
36 Smail, R. C., 1956. Utilizamos la reimpresión de 1967.
37 Nicolle, D., 1995-1996. De todas formas, debe advertirse que las reticencias –por acción o por omisión– sobre la existencia de una «teoría estratégica» en la Edad Media siguen estando presentes en la historiografía militar, por ejemplo, para J. Keegan la «teoría estratégica en su forma más pura era desconocida antes del siglo XVIII» (Keegan, J., 1991, 16), en tanto que el único periodo de la historia occidental no abordado por los editores de un reciente volumen sobre las estrategias desarrolladas por las culturas y pueblos más diversos, desde los atenienses hasta los Estados Unidos de la guerra nuclear es, significativamente, el medieval. Sobre esto último *vid.* Murray, W., Knox, M. G. y Berstein, A. (eds.), 1994.
38 Smail, R. C., *op. cit.*, 12-15.
39 Gaier, C., 1968, 79 y 211-217.
40 Contamine, P., *op. cit.*, 274 y 286.
41 Barber, R., 1970, 191.
42 Bradbury, J., 1992, 71.
43 France, J., *op. cit.*, 26-52.
44 Bradbury, J., 1984, 1-12. Es precisamente la escasez de batallas campales durante el periodo anglonormando lo que le permite a S. Morillo hacer un análisis individualizado de las mismas, cosa que no puede realizar con los mucho más frecuentes cercos, *vid.* Morillo, S., 1994, 144-145.
45 Ambos trabajos se reeditaron en 1992 en *Anglo-Norman Warfare. Studies in late Anglo-Saxon and Anglo-Norman military organization and warfare* de M. Strickland, con los títulos de «Richard I and the Science of War in the Middle Ages», 194-207 y «William the Bastard at War», 143-160. Al margen de estos dos personajes centrales en la historia europea, Gillingham también ha podido demostrar la extrañeza de la batalla (tal vez dos en su larga trayectoria bélica) en la vida del que fuera considerado por sus contemporáneos como el mejor caballero del mundo, Guillermo el Mariscal, en «War and Chivalry in the History of William the Marshall», también publicado en el citado *Anglo-Norman Warfare*, 251-263.

- 46 Strickland, M., 1992, 208-229. Más allá de las actitudes de los contendientes en el contexto de las fronteras angloescocesas, M. Strickland no ha dudado en señalar, tomando como marco Inglaterra y Normandía entre finales del siglo XI y comienzos del XIII, que la manifestación más común de la guerra medieval, y la más fundamental de todas sus formas, era la destrucción del territorio enemigo, un asunto que no requería el enfrentamiento directo con el enemigo, *vid.* Strickland, M., 1996, 259.
- 47 Prestwich, M., 1996, 305.
- 48 DUBY, G., 1988, 150-151.
- 49 Marshall, C. J., 1990, 221-226 y 1992, 257-260.
- 50 García Fitz, F., *op. cit.*, *passim*. Para las estrategias políticas, *vid.* de este mismo autor la referencia de, 2002, *passim*.
- 51 *Vid.* al respecto Rojas Gabriel, M., 2001, 223-269. Las investigaciones más recientes en el ámbito ibérico mantienen este mismo esquema de actuación: para la Castilla del siglo XV *vid.* Rodríguez Casillas, C. J., 2022. La guerra en el marco de la Extremadura del periodo trastámara (1369-1504), Badajoz, Diputación de Badajoz, 2022 y Etxeberria Gallastegi, E., 2022; para Aragón a comienzos de la Plena Edad Media *vid.* Español Solana, D., 2021; para Portugal *vid.* AFONSO, C. F., 2022 y Martins, M. G., 2014.
- 52 Strickland, M., 1996, 43.
- 53 France, J., 1999, 150. No obstante, este mismo autor reconoce que la forma característica de la guerra, entre los siglos XI y XIII, era una combinación de incursiones destructivas con puntuales cercos y, de manera más ocasional, alguna batalla (pág. 164). A esta objeción a la «ortodoxia» historiográfica actual sobre las batallas campales ha de sumarse el debate más reciente en torno al denominado «paradigma Gillingham». En los últimos años varios especialistas, en particular Clifford Rogers, han puesto el énfasis sobre el hecho de que muchos comandantes no solo no evitaban las batallas campales, sino que las buscaban o estaban dispuestos a afrontarlas. Es interesante observar que en este debate general ha tenido protagonismo la realidad militar ibérica. Al respecto *vid.* Rogers, C. J., 2002, 1-19; Morillo, S., 2002, 21-41; Gillingham, J., 2004, 149-158; Monteiro, J. G., 2009, vol. I, 75-107; Villalon, A., 2010, 131-154; Kagay, D. J., 2013, 63-84; Etxeberria Gallastegi, E., 2022, 185-202. Una aportación sobre este debate a propósito de lo ocurrido en las Navas de Tolosa en García Fitz, F., 2014, 17-52.
- 54 La bibliografía citada y comentada en páginas anteriores así lo demuestra, pero a ella puede sumarse un número cada vez más abundante de títulos centrados específicamente en la guerra de asedios, entre los que podrían destacarse las obras de Rogers, R., 1992, de Corfis, I. A. y Wolfe, M., 1995, o algunos de los trabajos de A. A. Settia recogidos en su *Comuni in guerra. Armie ed eserciti nell'Italia delle Città*, de 1993, además de la monografía ya indicada de 1992 de J. Bradbury. La última gran aportación sobre asedios medievales en Purton, P., 2009 y 2010. Las obras que, al realizar una selección de episodios bélicos de la Edad Media, incluyen no solo ni principalmente batallas campales,

sino cabalgadas y asedios, marcan una tendencia historiográfica que parece consolidarse. A este respecto *vid.* Alvira, M. y Martins, M. G. (eds.), 2021.

55

Keegan, J., 1991, 20.

56

Una referencia a la producción bibliográfica sobre estos temas sería, necesariamente, demasiado extensa, así que preferimos remitir a los párrafos dedicados a esta cuestión por S. Morillo, donde puede encontrarse una primera aproximación, inevitablemente incompleta, pero al menos indicativa, a estas líneas de investigación, en *The Battle, XVIII-XIX*.

57

Duby, G., *op. cit.*, 8-9.

58

Guenée, B., 1980, 23.

59

Orcástegui, C. y Sarasa, E., 1991, 40-41; Lacroix, B., 1971, 21-26. García Fitz, F., 2022, 183-185.

60

Duby, G., *op. cit.*, especialmente 147-161; Alvira Cabrer, M., 2002, *passim*, pero en especial 204-209. Una visión sintética en García Fitz, F., 2003, 26-29. Para la aplicación de estas ideas al caso específico de Las Navas es fundamental Alvira Cabrer, M., *passim*.

61

Lacroix, B., *op. cit.*, 26-28.

62

No es extraño, por ello, que precisamente en las batallas se produjeran apariciones de santos que se implicaban directamente en los combates. García Fitz, F., 1988, 51-61 y 2003, 194-211. *Vid.* también Henriët, P., 2003, 47-63.

63

Esta consideración es, precisamente, uno de los hilos conductores sobre el que se articula la visión de la batalla de las Navas ofrecida por Alvira Cabrer, M., 2000, *passim.*, así como en su publicación posterior, Alvira Cabrer, M., 2013, 1212, *passim*.

64

Lucas, obispo de Tuy, *Chronicon Mundi*, A. Schott (ed.), Frankfurt, 1608, 104 [en adelante, CM]. En la versión de esta crónica que se romanceó en el siglo XV la narración de la batalla de Baeza es todavía más extensa merced a la interpolación de un amplio párrafo procedente del *Libro de los Milagros de Sant Isidro*, con lo que se agudiza aún más la diferencia de tratamiento a la que estamos haciendo referencia. Sobre ello compárense los capítulos LXXVIII y LXXIX de la *Crónica de España* de Lucas de Tuy, J. Puyol (ed.), Madrid, 1926 [en adelante, CE]. Sobre el episodio y la fuente *vid.* Henriët, P., 1997, 63-76.

65

García Fitz, F., 1998, 280 y Alvira Cabrer, M., 2000, 130-133; Id., 2013, 43-46.

66

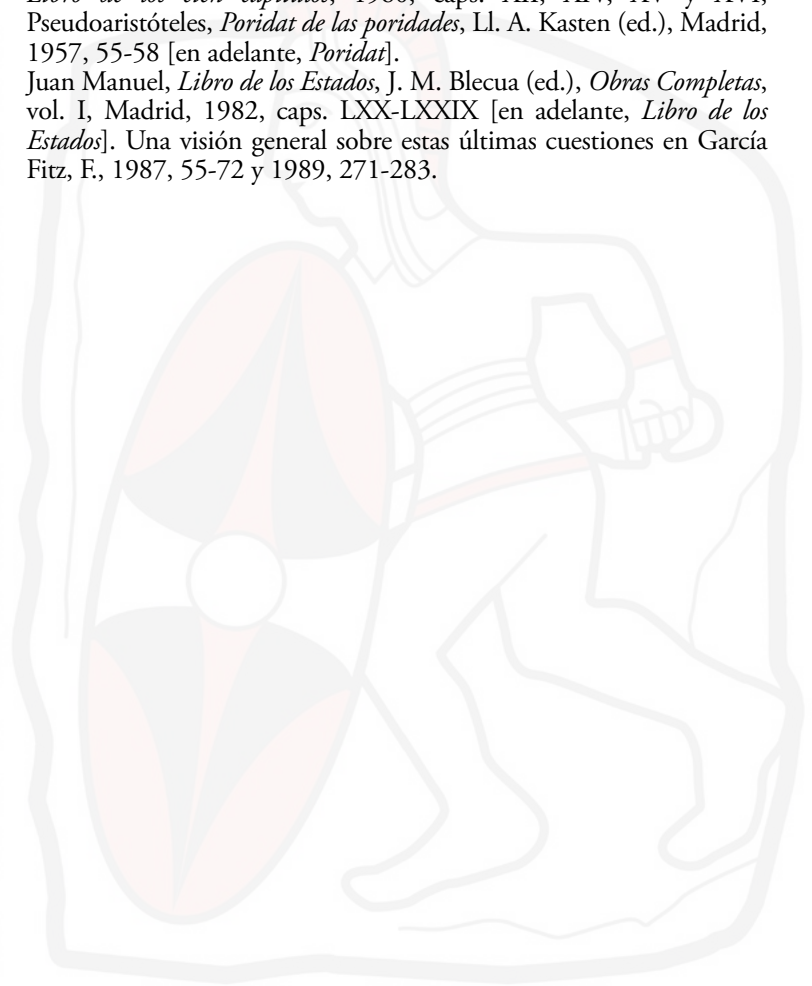
Su figura ha merecido la atención de numerosos historiadores y, a estas alturas, conocemos bastantes datos sobre su vida, su obra y el papel político y religioso que desempeñó en las primeras décadas del siglo XIII, y en particular el protagonismo que tuvo en la campaña de 1212. Al respecto *vid.* Gorosterratzu, J., 1925; Ballesteros Gaibrois, M., 1943; Grassotti, H., 1972, 1-302. También son útiles las introducciones realizadas por J. Fernández Valverde a la edición y a la traducción de la *Historia de Rebus Hispanie*. *Vid.* Rodrigo Jiménez de Rada, *Historia de Rebus Hispanie sive Historia Gótica*, J. Fernández Valverde (ed.), Turnholt, 1987 [en adelante, HRH] e *Historia de los hechos de España*, J. Fernández Valverde (ed. y trad.), Madrid, 1989,

- [en adelante, *HHE*]. *Vid.* también Kagay, D. J., 2020, 33, 131-142. Un estudio de su papel militar en el marco de las actividades de la sede episcopal toledana en tanto que arzobispado de Toledo en García Fitz, F., 2018, 49-71.
- 67 *Vid.* los cálculos realizados por el más reciente editor de estas obras en *Anales Toledanos I y II*, 16. En particular sobre las noticias de la batalla de las Navas contenidas en los pequeños anales y cronicones, tanto hispanos como del resto de Europa, *vid.* García Fitz, F., 2013, 171-200.
- 68 Torre Sevilla-Quñones de León, M., 2002, 91-105. *Vid.* los relatos medievales de la batalla recogidos en *CE*, caps. XVII-XVIII y *HRH*, Lib. IV, ca XIII.
- 69 El testimonio de Alfonso VIII aparece en la carta en la que participa a Inocencio III el resultado de la batalla, González, J., 1960, t. III, doc. 897 [en adelante, *Alfonso VIII*]; *HHE*, Lib. VIII, caps. VII-VIII.
- 70 *CM*, 111; *Crónica Latina de los Reyes de Castilla*, L. Charlo Brea (introd., texto crítico, trad., notas e índice), Cádiz, 1984, 31 [en adelante *CLRC*].
- 71 *Crónica de Veinte Reyes*, C. Hernández Alonso (coord.), Burgos, 1991, Lib. XIII, ca XXXI [en adelante, *CVR*].
- 72 Argote de Molina, G., 1588, lib. I, ca XXXVII, f.º 28r.-v.; Rosell, M., 1789. *Vid.* el amplio conjunto de testimonios recogido sobre esta cuestión por Alvira Cabrer, M., 2000, 305-316 y Rosado Llamas, M. D. y López Payer, M., 2001, 251-259. *Vid.* también Alvira Cabrer, M., 2013, 161-172. Las dudas sobre la aparición real del pastor vienen de antiguo, pero recientemente se ha considerado «una trampa ideológica de una imagen de cruzada», interpretándose que el episodio no sería sino una invención de Jiménez de Rada para equipar la cruzada de las Navas con la primera cruzada y excluir de los méritos de la victoria a Santiago, el patrón de la diócesis compostelana, rival de la toledana. Sobre ello *vid.* Peinado Santaella, R. G., 2015, 439-454.
- 73 Argote de Molina, G., lib. I, caps. XLVI-XLIX. La cita textual en f.º 45v.
- 74 M. Alvira Cabrer ha realizado un exhaustivo trabajo de recopilación de todo tipo de menciones a la batalla en las fuentes medievales europeas. Sobre ello *vid.* *Pedro el Católico, Rey de Aragón y Conde de Barcelona (1196-1213)*... de 2010, disponible en <<https://ifc.dpz.es/publicaciones/ver/id/3003>>, t. III y IV. Debo agradecer al autor las indicaciones que me ha proporcionado.
- 75 Hanson, V. D., *op. cit.*, 40.
- 76 *Libro de Alexandre*, J. Cañas (ed.), Madrid, 2000. Se podría recordar, por ejemplo, que frente a las veintiséis estrofas que el autor emplea en narrar el asedio de Tiro, consagra más de doscientas cincuenta a la segunda batalla entre el ejército de Alejandro y el de Darío. *Vid.* estrofas 1092-1118 para el cerco de Tiro, 1185-1451 para la segunda batalla contra Darío, 66-85 para los consejos militares de Aristóteles y 774-775 para el extraordinario interés de los griegos por enfrentarse en campo abierto a las tropas persas y su desprecio ante cualquier otra

forma de guerra. La cita textual procede de la estrofa 775. La versión actual que damos es nuestra.

- 77 El *Poema de Fernán González* presenta 708 estrofas, de las cuales solo 534 –desde la 174 en adelante– se refieren a la vida y acciones del primer conde castellano. De estas, la batalla de Lara ocupa 87 estrofas y la de Hacinas, 147. Si a ello unimos el espacio otorgado por el monje a la narración de las dos batallas habidas contra el rey de Navarra y contra el conde de Tolosa, casi 100 estrofas, encontraríamos que más del sesenta por ciento del contenido de la parte dedicada específicamente a Fernán González, está consagrado a las batallas más importantes protagonizadas por el héroe de Castilla. Para la enumeración de las estrofas hemos seguido la transcripción de la edición facsímil del manuscrito depositado en el Monasterio de El Escorial, *vid. Poema de Fernán González*, Burgos, 1989.
- 78 *Vid.* las consideraciones de Martínez Díez, G., «Fernán González en la Historia», en *Poema de Fernán González*, 50-52, así como las reflexiones de fray J. Pérez de Urbel sobre el trasfondo histórico del poema y el tratamiento dado a este por el monje de Arlanza en «Las fuentes del *Poema de Fernán González*», en *Letras de Deusto*, 6 (julio-diciembre, 1973), 103-130, en particular 120-124.
- 79 *Vid.*, por ejemplo, Lacarra, M.^a E., 1988, 164-169 y Moreta Velayos, S., 1999, 30-31; Linehan, P., 1993, 320. *Vid.* también Harney, M., 2013, 74-88.
- 80 Por ejemplo, en Gárate Córdoba, J. M., 1967 y 1982, t. I, 98-130, así como en Oliver Pérez, M. D., 1992, 15-52 y 1993, 15-44. *Vid.* también García Fitz, F., 2012, 61-87.
- 81 Así se ha puesto de manifiesto recientemente en Porrinas González, D., 2003, 163-204.
- 82 Versos 623-825 para la batalla de Alcocer; 960-1086 para la del Pinar de Tevar; 1620-1815 para la batalla contra el rey de Marruecos; 1203-1220 para el cerco de Valencia. Citamos por la edición del *Cantar de Mio Cid* preparada por A. Montaner, Barcelona, 1993.
- 83 Una revisión reciente de estas cuestiones en Porrinas González, D., 1996-2003, 257-276. *Vid.* también Porrinas González, D., 2019, 58-60.
- 84 *HRH*, Lib. VII, ca XXIII.
- 85 González, J., 1943, 464 [en adelante, *Fernando II*].
- 86 Manuel Rodríguez, M., 1800, 274; Pérez de Tudela y Velasco, M.^a I., 1977, I, 3.
- 87 Menéndez Pidal, R., 1966, n1 203, 258-259 y González Crespo, E., 1985, n1 156, 285-286.
- 88 Distintos ejemplos, fechados entre los siglos XI y XIII, en los que se recoge este precepto en *FLatino de Sepúlveda*, ca 30, 48, *FBurgos*, n. VIIe, 131-132, *FOviedo*, 23-30, *FAvilés*, apart. 5, 114, *FSabagún*, 316 [Las referencias editoriales de cada uno de los fueros citados en esta y en otras notas aparecen detalladas en el apartado de Fuentes y Bibliografía].
- 89 Alfonso X, *Espéculo*, en *Leyes de Alfonso X*, G. Martínez Díez y J. M. Ruiz Asensio (eds.), Ávila, 1985, Lib. III, tít. V, ley IX [en adelante, *Espéculo*].

- 90 *Ibid.*, Lib. III, tít. V, ley IIII.
91 García de Campos, D., 1943, 181.
92 *Vid.*, por ejemplo, los consejos de J. Gil de Zamora al futuro Sancho IV en *De Preconiis Hispanie*, J. L. Martín y J. Costas (eds.), Zamora, 1996, 132 y, en especial, tratados undécimo y duodécimo [en adelante, *DPH*].
93 *Libro de los cien capítulos*, 1960, caps. XII, XIV, XV y XVI; Pseudoaristóteles, *Poridat de las poridades*, Ll. A. Kasten (ed.), Madrid, 1957, 55-58 [en adelante, *Poridat*].
94 Juan Manuel, *Libro de los Estados*, J. M. Blecua (ed.), *Obras Completas*, vol. I, Madrid, 1982, caps. LXX-LXXIX [en adelante, *Libro de los Estados*]. Una visión general sobre estas últimas cuestiones en García Fitz, F., 1987, 55-72 y 1989, 271-283.



DESPERTA FERRO

Libro completo [aquí](#)

EDICIONES



El lunes 16 de julio de 1212, en un paraje de Sierra Morena, las Navas de Tolosa, un ejército cruzado dirigido por el rey de Castilla, Alfonso VIII, y en el que figuraban otros dos reyes hispanos, Pedro II de Aragón y Sancho VII de Navarra, buscó batalla contra un ejército musulmán reunido para dar guerra al infiel por el califa almohade Muhammad al-Nasir. «Nunca tantas y tales armas de hierro se habían visto en las Españas», escribió el coetáneo canciller castellano Juan de Soria. Lanzas y espadas se trabaron, sangre y sudor empaparon gambesones y cotas de malla, relinchos y gemidos de agonía resonaron en los riscos, hasta que la furiosa carga de la zaga cristiana decidió la jornada, arrasando el palenque almohade y quebrando a la guardia negra que, encadenada, defendía la tienda del Miramolín.

Finalizaba una batalla que se ha considerado un hito decisivo en la expansión territorial castellana, que marcaría el definitivo retroceso de al-Ándalus, punto de inflexión en las relaciones entre musulmanes y cristianos. Francisco García Fitz, medievalista señero y sin duda el mejor conocedor de las Navas, no solo escruta al detalle el crucial choque –los ejércitos enfrentados y sus tácticas, las consecuencias políticas y territoriales–, sino que también estudia los recursos bélicos, institucionales, organizativos e ideológicos puestos en liza, para explicarlo dentro del tablero estratégico peninsular y de su contexto histórico.

Los cronistas cristianos no dudaron en presentar la firme voluntad de Alfonso VIII de enfrentarse en campo abierto al califa almohade como anhelo de venganza por su derrota en Alarcos, dieciséis años atrás. Y los cronistas árabes llamaron al choque la batalla de Al-Iqab, una de cuyas posibles traducciones sería, precisamente, «la batalla del castigo». Si en el ámbito cristiano la carga de los tres reyes resonó como heraldo que anunciaba la derrota definitiva del islam, la batalla fue considerada por los musulmanes como la «causa de la ruina de al-Ándalus». Todavía hoy, en las páginas de este libro, seguimos escuchando los ecos de las Navas.

ISBN: 978-84-128068-0-9



P.V.P.: 28,95 €

**HISTORIA
MEDIEVAL**